URACAN COLECCION HURACAN COLECCION

Ricardo Güiraldes

CUENTOS DE MUERTE Y DE SANGRE

CUENTOS DE MUERTE Y DE SANGRE

FACUNDO

Traspuestas las penurias del viaje, cayó al campamento una noche de invierno agudo.

Era un inconsciente de veinte años, proyecto tal vez de caudillo; impetuoso, sin temores e insolente ante toda autoridad. De esos hombres nacían a diario en aquella época, encargados luego de eliminarse entre ellos, limpiando el campo a la ambición del más fuerte.

Apersonado al jefe, mostró la carta de presentación. Cambiaron cordiales recuerdos de amistad familiar y Quiroga recibió a su nuevo ayudante con hospitalidad de verdadero gaucho.

Concluida la cena, al ir y venir del asistente cebador, el mocito recordó cosas de su vivir ciudadano. Atropellos y bufonadas sangrientas, que aplaudía con meneos de cabeza el patilludo Tigre. Contó también cómo se llenaba de plata merced a su habilidad para trampear en el monte.

El Tigre pareció de pronto hostil:

—¡Jugará con sonsos!

Insolente, el mocito respondía:

—No siempre, general..., y pa probarle, le jugaría una partidita a trampa limpia.

Quiroga accedió.

Los naipes obedecían dóciles, y el Tigre perdía sin pillar falta. En su gloria, el joven besaba de vez en cuando el gollete de un porrón medianero, y no olvidaba chiste, entre los lucidos fraseos de barajar.

Inesperadamente, Quiroga se puso en pie.

—Bueno, amigo, me ha ganao todo.

Recién el mozo miró hacia el montón, escamoso, de pesos fuertes, que plateaba delante suyo.

El general se retiraba.

Entonces, un horrible terror desvencijó la audacia del ganador. Las leyendas brutales ensoberbecieron la estampa, hirsuta, del melenudo.

—¡General, le doy desquite!

—Vaya, amigo, vaya, que podría perder lo ganao y algo encima...

—No le hace, general; es justo que también usted talle.

—¿Se empeña?

—¿Cómo ha de ser?

Las mandíbulas le castañeteaban de miedo.

Quiroga arremangó la baraja, que chasqueó entre sus dedos toscos.

—¡Bueno, mis estribos contra cien pesos!

Y mandó al asistente traer las prendas.

Facundo comenzó a recuperar; cuando igualaron pesos, sonrió diciendo al huésped:

—Bueno, amigo, a recoger, y hasta mañana.

Pero el mocito, queriendo apaciguar al que creía herido, había de cinchar hacia su desgracia. Balbuceó estúpidas excusas de terror.

Facundo volvió a sentarse, con esta advertencia:

—No culpe sino a su empeño lo que suceda...; al hombre sonso la espina'el peje... Voy a jugarle hasta lo último, ya que así quiere... Si gana, ensille al amanecer, y no cruce más mi camino...; si pierde, ha de ser más de

lo que usted cree.

–¿Y es, mi general?

–¡Bah!, cualquier cosa.

Volvió a fallar el naipe inconsciente.

Quiroga trampeaba con descaro ante la pasividad del contrario, que miraba, como al través del delirio, la figura irreal, agrandada de leyenda.

Cuando el último peso fue suyo, llamó al asistente, ordenándole con una seña explicativa:

–Llévelo a dormir al mocito..., y que descanse mucho, ¿no?

El muchacho quiso arrojarse de rodillas e intentar súplicas, pero Quiroga, indiferente, juntaba las barajas, y el asistente era más fuerte.

lo que usted cree.

–¿Y es, mi general?

–¡Bah!, cualquier cosa.

Volvió a fallar el naipe inconsciente.

Quiroga trampeaba con descaro ante la pasividad del contrario, que miraba, como al través del delirio, la figura irreal, agrandada de leyenda.

Cuando el último peso fue suyo, llamó al asistente, ordenándole con una seña explicativa:

–Llévelo a dormir al mocito..., y que descanse mucho, ¿no?

El muchacho quiso arrojarse de rodillas e intentar súplicas, pero Quiroga, indiferente, juntaba las barajas, y el asistente era más fuerte.

DON JUAN MANUEL

Bajó de la diligencia en San Miguel de la Guardia del Monte, uno de los pueblos más viejos de nuestra provincia.

Un peón le esperaba con caballo de tiro, como era convenido. Nicanor preguntó por los de las casas. Todos estaban bien y esperaban al señor con grandes preparativos de fiesta.

Regocijábase con la promesa de alegres días. En Buenos Aires, la Facultad absorbía sus ambiciones de estudioso. Poco se daba al placer. La política, la vida social, los clubs, las disipaciones juveniles eran cartas abiertas en las cuales leía escasos renglones.

Las vacaciones, en cambio, le impulsaban a desquitarse.

Miró al gaucho, cuyo chiripá chasqueaba al viento sin que su fisonomía exteriorizara placer alguno por su libertad salvaje, y apoyó las rodillas sobre el cuero lanudo del recado, para sentir más precisos los movimientos del caballo, bajo cuyos cascos la tierra huía mareadora.

Oyeron, de atrás, aproximarse un galope; alguien los alcanzaba, y los caballos tranquearon, como obedeciendo a una voluntad superior y desconocida.

—Buenos días.

—Buenos días.

Llamó la atención de nuestro pueblero el flete, primorosamente aperado de plata tintinante, cuyos reflejos intensificaban su pelo ya lustroso de «colorao sangre e toro».

El hombre era un gaucho en su vestir, un patricio en su porte y maneras.

Con facilidad de encuentros camperos, se hizo relación. Sin nombrarse el recién llegado, preguntó a Nicanor quién era y adónde iba.

—Yo he sido amigo e su padre. Compañero e política también.

Y prosiguió, afable:

—¿Va a lo de Z...? Es mi camino, y lo acompañaré; así conversaremos para acortar el galope.

—Es un honor que usted me hace.

El peón venía a distancia, respetuosamente. Nicanor le ordenó se adelantara a anunciar su llegada, y quedaron los nuevos amigos demasiado interesados en sus diálogos para pensar en el camino.

El hombre averiguaba mucho, y Nicanor respondía, halagado por las atenciones del que adivinaba personaje.

—¿Entonces viene a pasar una temporadita? Ya se divertirá. Aquí hay campos para correr todo el día y también avestruces para ejercitar el pulso, y vizcacheras pa probar los paradores, ¿no?

Nicanor no se atrevía a interrumpirle. El temor de parecer un pobrecito pueblero incapaz de hazaña ecuestre alguna, le impedía protestar con decisión.

—Yo no soy de a caballo...

—¡Qué no ha e ser! Lo mismo es si me dijera que es lerdo el zaino.

—Presumo que es sólo un mancarrón manso, elegido para un maturrango como yo.

—¡Bah!... Ya se desengañaría si hiciéramos una partidita.

En sus ojos claros brillaban todas las malicias gauchas.

–Una partidita corta, aunque sea –insistía– como hasta aquel albardón, a la derecha de la vizcachera que blanquea...; dos cerradas, cuanto más... ¿Eh?

Nicanor, no sabiendo ya cómo negarse, objetó, mientras el deseo de ganar le golpeaba en las arterias:

–Como quiera, entonces. Pero estoy, desde ahora, seguro que el colorao me va a cortar a luz.

El semblante de su interlocutor había adquirido un singular poder de brillo. Las facciones parecían más nítidas y los ojos reían, en la promesa de un intenso placer de chico travieso.

–Bueno, cuando diga ¡vamos! Ahora... Atráquese pie con pie..., así..., galopemos a la par hasta la voz de mando.

Achicábanse los caballos sobre sus garrones, temblorosos de empuje. Veinte metros irían golpeando rodilla con rodilla, sujetando las monturas, que roncaban de impaciencia.

–Bueno..., ahora... ¡Vamos!

–¡¡Vamos!!

Y el tropel de la carrera repiqueteó como agudo redoble de tambor.

Tras los desacomodadores sacudones de la partida, corrían serenos par a par. Los vasos crepitaban o se ensordecían en las variaciones de la cancha; redondeles de barro seco saltaban como pedradas del molde de los vasos.

Nicanor animaba al zaino y parecía ganar terreno, cuando el peso del colorado le chocó con vigor inexplicable. Pensó en una desbocada; pero al mismo tiempo, sin lógica alguna, su caballo, con un quejido y la cabeza abrazada entre las manos, corcoveó furiosamente.

Se defendió como pudo. Sus dedos, al azar, arrancaban mechones del cojinillo.

–¡Cuidao! ¡Cuidao. . . , la vizcachera! –le gritaron en una risotada.

Toda noción precisa desapareció para Nicanor. La tierra se le vino encima. Vio un pedazo de cielo, la mole del caballo que amenazó aplastarle, e, inseguro aún, se levantó con un pesado dolor en las espaldas.

Volvió a subir. A lo lejos, por un bañado, corría el compañero de hoy, y un hornero cantaba, o alguien reía.

Cuando llegó a destino, el atolondramiento había cesado.

Casi sin contestar a la efervescente recepción, contó su aventura.

Carlos, su amigo, le interrogó al fin:

–¿Cómo era el hombre? ¿Alto, rubio? ¿Muy buen mozo? ¿De ojos claros y sonriente como una dama?

–Sí, sí –contestaba Nicanor viendo a su hombre.

–Ya sé quién es.

–¿Quién? –preguntó el mozo con secreta idea de venganza.

–Don Juan Manuel.

JUSTO JOSE

La estancia quedó, obsequiosamente, entregada a la tropa. Eran patrones los jefes. El gauchaje, amontonado en el galpón de los peones, pululaba felinamente entre el soguerío de arreos y recados. Los caballos se revolcaban en el corral, para borrar la mancha oscura que en sus lomos dejaran las sudaderas; los que no pudieron entrar atorraban en rosario por el monte, y los perros, intimados por aquella toma de posesión, se acercaban temblorosos y gachos, golpeándose los garrones en precipitados colazos.

La misma noche hubo comilona, vino y hembras, que cayeron quién sabe de dónde.

Temprano comenzó a voltearlos el sueño, la borrachera; y toda esa carne maciza se desvencijó sobre las matras, coloreadas de ponchaje.

Una conversación rala perduraba en torno al fogón.

Dos mamaos seguían chupando, en fraternal comentario de puñaladas. Sobre las rodillas del hosco sargento, una china cebaba mate, con sumiso ofrecimiento de esclava en celo, mientras unos diez entrerrianos comentaban, en guaraní, las clavadas de dos taberos de ley.

Pero todo hubo de interrumpirse por la entrada brusca del jefe: el general Urquiza. La taba quedó en manos de

uno de los jugadores; los borrachos lograron enderezarse, y el sargento, sorprendido, o tal vez por no voltear la prenda, se levantó como a disgusto.

A la justa increpación del superior, agachó la cabeza refunfuñando. Entonces Urquiza, pálido, el arriador alzado, avanza. El sargento manotea la cintura y su puño arremanga la hoja recta.

Ambos están cerca: Urquiza sabe cómo castigar, pero el bruto tiene el hierro, y el arriador, pausado, dibuja su curva de descenso.

—¡Stá bien!; a apagar las brasas y a dormir.

El gauchaje se ejecuta, en silencio, con una interrogación increíble en sus cabezas de valientes. ¿Habría tenido miedo el general?

Al toque de diana, Urquiza mandó llamar al sargento, que se presentó, sumiso, en espera de la pena merecida. El general caminó hacia un aposento vacío, donde le hizo entrar, siguiéndole luego. Echó llave a la puerta y, adelantándose, cruzóle la cara de un latigazo.

El soldado, firme, no hizo un gesto.

—No eras macho, ¡sarnoso!; ¡sacá el machete ahora!... —y dos latigazos más envuelven la cara del culpado.

Entonces el general, rota su ira por aquella pasividad, se detiene.

—Aflojás, maula; ¿para eso hiciste alarde anoche?

El guerrero, indiferente a los abultados moretones, que le degradan el rostro, arguye, como irrefutable, su disculpa:

—Estaba la china.

EL CAPITAN FUNES

–Como seguridad de pulso –interrumpió Gonzalo–, no conozco nada que equivalga al hecho del capitán Funes.

–Y ¿cómo es? –preguntamos en coro.

–Breve y sabroso. Veníamos de Europa en un barco que hoy calificaríamos de chiquero, pero de primer orden para hace veinte años.

Nos aburríamos oceánicamente, a pesar de habernos juntado cinco o seis muchachos para truquear y hacer bromas que acortan el viaje.

Se truqueaba por poca plata, y las bromas eran pesadísimas.

Al llegar a Santos, fuera el frescor del aire o la proximidad de la tierra, nos remozó un nuevo brío de chistes e indiadas.

Para mejor, subió un candidato, y nos prometimos, luego de analizar su facha enjuta y pretensiosa, hacerlo víctima de nuestras invenciones.

El más animado del grupo, Pastor Bermúdez, se encargó de entrar en relaciones y presentarnos luego.

Al rato no más, volvía, diciéndonos satisfecho:

–¡Es una mina, hermanos, una mina! Ya le encontré el débil. Es oriental, revolucionario, y, hablándole de tiros, va a marchar como angelito.

Nos presentó esa misma noche, en el bar, y todos comenzamos a hablar de guerra y tiros, sablazos, patadas, con exageración, contando mentiras para oír otras.

–¿Así que usted, capitán –le decía Pastor–, ha peleado mucho?

–Bastante –movía los hombros como coqueteando.

–Ha de saber lo que son balas –guiñándonos los ojos–; ¿hasta por el olor las conocerá?

–¡Por el olor, no; pero por el chiflido, pueda!

–Y ¿qué diferencia hay entre unas y otras?

–Pero muy grande, mi amigo, muy grande: las de Remington silban gordete; así: chchch... –nos mordíamos los labios–; mientras que las de carabina son más altitas, así: ssssss...

–Pero vea –decía Pastor con gravedad–: así que las de Remington hacen... ¿cómo?

–Chchchch...

–¡Curioso! ¿Y las de carabina?

Nosotros debíamos estar violetas a fuerza de contenernos.

–Las de carabina, ssssss...

–¿Y las de cañón?

El capitán nos miró, riendo de buena gana.

–Pa eso no me alcanza la voz.

Aprovechamos la coyuntura para aflojar la risa que nos retozaba en el vientre. Nos reíamos, pero desmesuradamente, largando todo el embuchao, queriendo sujetar y volviendo, como a una enfermedad, a nuestras carcajadas inconcluibles.

El capitán Funes tuvo un pequeño encogimiento de cejas, imperceptible.

–Así que no podría, capitán..., claro está...; pero cuando hace como las de carabina..., vea, es igualito...,

me parece estarlas oyendo..., formal... Y dígame, capitán, las de revólver, ¿cómo hacen?

—¡Así, mi amigo! —y antes que pensáramos siquiera, dos balazos llenaron de humo el aposento. Hubo un ruido de sillas y mesas volteadas. Recuerdo un tumulto de empujones dados y recibidos, una multitud de gente caía por todas partes, mientras, en pelotón confuso, rodábamos hacia cubierta. Pastor y Funes luchaban a brazo partido, y este último, más débil, corría el riesgo de ser echado al mar, por sobre la borda, cosa que Pastor trataba de lograr con todas sus fuerzas.

Los separamos, al fin. Queríamos ver la herida de nuestro amigo, cuya sangre nos manchaba.

El capitán Funes, retenido por dos marineros, gritaba:

—No lo he querido matar de lástima; pero ya sabe ese mocito que si no sé cómo silban las balas de revólver, sé manejarlas.

—¿Y en qué quedó Pastor? —preguntamos.

—Pastor ha quedado señalado con una muesca en cada oreja, y lo peor es que cada vez menos puedo resistir la tentación de preguntarle cómo silbaban las balas que lo hirieron.

—No te aconsejo —dijo alguien.

—Yo tampoco —concluyó Gonzalo—, pero temo que la tentación me venza.

VENGANZA

De esto hará unos ochenta años, en el campamento del coronel Baigorria que comandaba una sección cristiana entre los indios ranqueles, entonces capitaneados por Painé Guor.

El capitán Zamora –diremos no dando el verdadero nombre–, poseía una querida, rescatada al tolderío con sus mejores prendas de plata.

Misia Blanca era un bocado que despertaba codicias con su hermosura rellena, y muchos le arrastraban el ala, con cuidado, vista la fiereza del capitán.

Y era coqueta: daba rienda, engatusaba con posturas y remilgos, para después esquivar el bulto; modo de aguzar los deseos en derredor suyo.

Celoso y desconfiado, Zamora no le perdía pisada, comáronse los anatemas y maldiciones. Aproximábanse, por a azotar a un pobre diablo o a tomarse en palabras con un igual.

Durante dos meses, Blanca pareció responder a sus caricias. Llamábale mi salvador, mi negro guapo, y le estaba, en suma, agradecida por haberla librado de la indiada.

Pero (ya que siempre los hay) al cabo de esos dos meses las demostraciones fueron mermando, el amor de Blanca aflojó y había de ser, como los mancarrones lunancos, para no componerse más.

Zamora buscó fuera la causa, y dio en uno de sus soldados, chinazo fortacho y buen mozo aumentativamente.

Los espió, haciéndose el rengo.

Cuando estuvo seguro, dijo para sus bigotes:

—Mula, desagradecida, mi'as trampiao y vas a pagar la chanchada.

Prendió un nuevo cigarrillo sobre el pucho y saltó en pelos, tomando al galope hacia lo de Sofanor Raynoso, uno de sus soldados.

Llegado al toldo, saludó a una chinita que pisaba maíz y aguardó que se acercara su hombre, que, dejando un azulejo a medio tusar, venía a ponerse a la orden.

—Sofanor, tengo que hablarte.

Se apartaron un trecho.

—¿Y cómo te va yendo?

—¡Regular!

—¿Siempre estah' enfermo?

—Mah' aliviadito, señor; pero no hallo descanso.

—Mirá —dijo con decisión Zamora—, te acordás de Blanca, ¿no?...; ya se te hace agua la boca, ¡perro!...; esperá que concluya. Güeno..., vah'a buscar toditos loh' enamoraos; ai está el mulato Serbiliano, y los dos teros, y Filomeno, lo mesmo que el chueco y Mamerto y Anacleto... Güeno: el rancho va'star solo, ansina que te lo yevás todos, y al que le guste que le prienda; pero con la alvertencia..., que vos has de ser el primero.

El capitán Zamora dio vuelta a su caballo, levantó la mano como para saludar y enderezó a los toldos de su hermano Pichuiñ Guor. Allá pasaría tres días platicando pa despenarse en el olvido.

EL ZURDO

Un entrevero violento y fugaz –palabras de odio gritadas entre una carnicería de doscientos hombres que, al través de la noche, se sablean y atropellan, sobrehumanos, bramando coraje.

Combate rudo.

Por quinta vez, el gauchaje sorprendía el campamento realista; y en el aturdimiento de todos, lazo y bola habían hecho su obra.

Uno de los asaltantes, sin embargo, quedó en manos de los españoles. En cortejo de odio fue conducido al juicio de los superiores, y la pena de muerte cayó fatalmente.

La cabeza baja y casi escondida por lacia melena, el condenado oyó el veredicto. Sus ropas despedazadas descubrían el pecho, sesgado por honda herida.

Cuando la soldadesca tuvo segura su venganza, calmáronse los anatemas y maldiciones. Aproximábanse, por turno, para verlo, y también gozar de su estado.

Concluirían los asaltos y el terror supersticioso que supo imponer ese cabecilla peligroso cuyo apodo vibraba en boca del enemigo con entonación de ira. ¿Cuántos no ahorcó su lazo, y despedazó en la huida, mientras se golpeaba la boca en señal de burla?

Adelantóse el verdugo voluntario.

La tropa rodeaba con curiosidad, ansiosa de ver flaquear al que habían temido.

Por primera vez, el Zurdo alzó la cara y tuvo una mirada de pálido desprecio. Quería vejarlos antes de morir, herirlos con una palabra a falta de hierro, y sonrió sarcástico:

—¿Por qué no yaman las mujeres?

La indignación hirvió en la tropa, los dientes rechinaron, hartos de ofensa; el sable temblaba en manos del verdugo. El Zurdo aprovechó el silencio, hablando con orgullo:

—En la sidera de mi recao tengo siento treinta tarjas, y ustedes, por más que me maten, no han de matar más que a uno.

Era el colmo. La tropa, indisciplinada, cayó sobre el preso, que desapareció entre un tumulto de brazos y armas. Cuando el jefe logró despejar su gente, el Zurdo había caído. En su cuerpo sangraban no menos heridas que tarjas reían en su sidera, pero fue un honor del cual no pudo vanagloriarse.

PUCHERO DE SOLDADO

El tren cruzaba una estancia poblada de vacas finas que, familiarizadas con el paso del gran lagarto férreo, pacían tranquilas.

Era un espectáculo harto conocido y conversábamos, indiferentes, de incidencias menores en nuestras vidas camperas.

El viejo don Juan miraba hacía un rato por la ventanilla y veía cosas muy distintas de las que hubiéramos podido ver nosotros.

Recuerdos. ¿Y qué recuerdos podía no tener ese hombre de sesenta y cuatro años desde su juvenil participación en la guerra del Paraguay?

De pronto pensó en voz alta:

—Nosotros nos asombramos de la evolución a que hemos asistido en Buenos Aires...; es asombroso, en efecto, lo presenciado en adelantos y perfeccionamientos; pero hay cosas increíbles en el pasado de un hombre viejo, y es como para pensar si uno no las ha visto en otra vida. Así, pues, miro esta estancia y pienso que tal vez sea un sueño lo que nos sucedió a un grupo de hombres en épocas diferentes de éstas, como lo son las cruzadas de los modernos días europeos.

–¿Qué les sucedió? –preguntamos, más por deferencia que interés.

–Figúrense que el Gobierno me había encargado de hacer una mensura poco tiempo después de la campaña del general Roca contra los salvajes. Como el trabajo presentaba peligros, mandé pedir unos soldados a mi amigo, y cuasi pariente, Napoleón Uriburu, que fue –se sabe– uno de los jefes expedicionarios.

»Uriburu me envió quince hombres para completar una comitiva apta a medir tierra y defenderse por sus cabales del posible ataque pampa.

»Seríamos, pues, veinte entre todos, con numeroso convoy de carretas y animales. Trabajábamos sin descanso, y de noche, para mayor seguridad, hacíamos campamento rodeados por las carretas unidas con lazos.

»Un hombre quedaba de centinela; no había cuidado que se durmiera. Los indios se presentaban de improviso, y a nadie sonreía morir sin vender el pellejo.

»Aquella noche cayeron en número crecido. No podíamos pelear con ventaja; pero en lugar de la atropellada que esperábamos se contentaron con incendiar el pajonal, y pronto las llamas nos alumbraron como de día.

»Había que ver, amigo: temblábamos de miedo como nuestras sombras bailarinas. Íbamos a morir asados si nos quedábamos. ¿Y disparar? ¿A dónde que no nos ensartáramos con las lanzas de los salvajes que nos esperaban para eso?

»Era la muerte a fuego o hierro. Podíamos elegir.

»De pronto vi la salvación. La laguna donde habíamos dado el día antes de beber a nuestros animales.

»Di la voz, y corrimos temerosos de no tener tiempo. El calor picoteaba ya el cuerpo, y a punto nos largamos de cabeza en el agua, luminosa de reflejos.

»Le garanto que tengo una rebajita en el Purgatorio. Metidos en el agua hasta el cogote, vimos llegar las llamaradas, que roncaban en una sostenida nota grave; parecía como que la tierra se fuera en borbotones de humo, y la cara se nos asaba materialmente. Entonces empezamos la única maniobra de defensa. Metíamos la cabeza bajo el agua el mayor tiempo posible para evitar la quemadura de las llamaradas que pasaban sobre nosotros, pero teníamos que respirar y así jugamos al zambullón hasta sentir el fuego alejarse.

»El agua parecía de puchero. Pensar en salir a tierra era locura. Nos hubiéramos cocido como bifes los pies. Optamos, pues, por quedarnos; y, aplacado el susto, sintiéndonos como resucitar, empezamos a mirarnos. No faltaba ninguno.

»Clareaba ya la mañana cuando salimos del agua, colorados como flamencos y tiritando de frío por contraste.

»Pero nos reíamos. Nos reíamos los unos de los otros, a pesar de quedar sin recursos en el desierto, porque pensábamos que el fuego encendido para nuestra muerte nos salvaba arriando a los indios lejos de nosotros.

DE MALA BEBIDA

Santos era cochero en una estancia distante dos leguas de la nuestra.

Bajo y grueso, sus cincuenta y seis años de vida bondadosa y tranquila no acusaban más de cuarenta.

Contaba en su existencia con un episodio que tal vez marcara en ella la única página intensa, y le oí contar más de cien veces aquel momento trágico, que narraba a la menor insinuación, siempre con el mismo terror latente.

Servía entonces a don Venancio Gómez, individuo cruel y bruto, que repartía su tiempo entre orgías violentas en Buenos Aires y cortas visitas a su estancia, adonde sólo venía de tiempo en tiempo con objeto de apretar ciertas clavijas para mayor rendimiento.

Fue un día a buscarlo al pueblo.

El telegrama decía: «Llego mañana 11:00 a.m.» ¡Buena hora había elegido para el tiempo de calor que venía manteniéndose desde varios días!

Subió al coche, sin contestar los saludos obsequiosos de Santos, y comenzaron las preguntas acerca de la administración.

A cada cosa desaprobada por don Venancio seguía un rosario de injurias, que su interlocutor trataba de eludir alegando su impotencia de simple peón.

Decididamente, el señor debía estar tomao.

Siguieron el camino, que serpenteaba sumiso como un lazo tirado a descuido.

Tras la volanta, un compacto pelotón de polvo oscilaba.

El patrón dormitaba ahora al vaivén de los barquinazos. No irían por mitad de viaje cuando se incorporó en el interior del coche, ceceando pesadamente.

—Tengo ganas de matar un hombre.

—¡Jesús! —aulló bufonamente Santos, tomando la cosa a broma—. ¡Si no hay más que hacienda por el camino!

—De no encontrar otro —prosiguió don Venancio—, has de ser vos el pavo e la boda.

Lo cual diciendo, sacó del cinto un revólver que descansó sobre las rodillas.

Santos sintió que se le aflojaban las mandíbulas; la luz pareciale más blanca, menos clara, y las formas de los caballos bailaron ante sus ojos como dos bultos indecisos.

Sin embargo, pensaba en salvarse y buscó ansiosamente una forma humana en lo que su vista pudiese alcanzar.

¡Ni rastro!

Esperó que toda la fuerza de su ser creara un hombre; tan fuerte era su deseo. Y fue cumplido.

Una cosa, que primero le pareciera montón de pasto, era un trabajador echado al sol, cansado de andar, y que reposaba un instante su cabeza en la blancura de su linyera.

—¡Allá, patrón..., allacito, un cristiano en la orilla del callejón!

Pronto se detuvieron frente al infeliz, que, humildemente, se acercó obedeciendo a los signos del borracho.

Sombrero en mano, se detuvo, una amplia calva brillando al sol; y cuando se agachaba para hacer una re-

verencia de respeto, el otro, pausadamente, inclinó su arma hacia aquella pelada de viejo, apenas rodeada de canas. El tiro sonó seco: voló a apagarse al través de la distancia.

—Pa que críes pelo —subrayó el bruto, mirando al cadáver que cayera envuelto sobre sí mismo.

Y el intrépido Santos creyó tener que reírse.

EL REMANSO

–¡Goyo!

–¿Señor?

–Alargame la estribera derecha antes de subir, ¿querés?

En la noche callada, los sonidos eran claros. Hacía frío. El cebruno, inquieto, daba vueltas y revueltas, entorpeciendo al peón en su trabajo.

–A ver, pruebe aura.

El estribo caía justo.

–Bueno, alcanzame la valija y subí.

Salieron al paso. El rodar de las coscojas era única señal de vida en el sueño de todas cosas.

–¿Trais la yave?

–Sí, señor.

–¡Galopemos!

El viento hacía sufrir las manos. Intranquilo, el cebruno parecía mirar con las orejas, vueltas en giros bruscos a todo bulto turbio de oscuridad.

–¡Mancarrón sonso, le ha dao por loriar!

–Déjelo no más, que ya se asentará después de una legüita.

¡Encantador consuelo!

Lisandro estaba de mal humor. No se acomodaba su somnolencia con andar atento a los caprichos del caballo que cambiaba de galope o se espantaba sin que la oscuridad permitiera prever las causas.

Por otra parte, dejaba tras sí una vida simple: sus días luminosos, sus trabajos alegres en la alegría del peonaje, sus noches de buen sueño en aquella cama dura pero cariñosa.

Noches de ermitaño, bañadas de soledad inmensa.

—¿Tardará mucho en amanecer?

—Aurita no más aclara.

Siguieron callados. La luz nacía imperceptible. Sólo el lucero vivía en la cúpula lejana y una que otra estrella se apagaba tiritando de frío.

Iban cortando campo.

—Recuéstese más a la derecha, don Lisandro; de no, vamos a salir frente a los tembladerales.

Pero el otro no hizo caso, objetando que si así lo hicieran darían sobre el remanso de los sauces.

Goyo no insistió por el tono malhumorado de las palabras. ¡Porfiarle a él, que conocía el camino como sus manos! En fin, ya se desengañaría.

Un amontonamiento de niebla, sinuosamente extendida sobre el campo, acusó la presencia del río. Breves minutos de galope y llegaban...; pero llegaban equivocados. El peón había dicho cierto.

Costearon.

Lisandro, enervado por el contratiempo, miraba insistentemente la orilla. Tras breve andar, dio frente, adelantando con decisión.

—¡Si todavía falta mucho!

—No le hace, vamos a cruzar por aquí.

—¡Mire que va a hacer una temeridad!

—¡Qué temeridad, so flojo!

El cebruno resbaló hábilmente en las toscas húmedas; se detuvo.

A tres metros, el río deslizaba su masa densa y viscosa en manchas desiguales.

—¡Dé güeltas; se le va a hundir el mancarrón!

En efecto, éste se negaba; pero fue apremiado por dos espuelas que dolorosamente penetraron en sus carnes: tomó envión y, las cuatro patas juntas, cayó en el barro, sumergiéndose hasta el pecho.

—No se hundirá más —pensaba el jinete, ansioso de ganar el agua cercana. Pero en su voluntad de avanzar, el bruto agitó sus patas sin apoyo; perdió otra cuarta en el fango.

—¡El lazo! —gritó Lisandro, y éste, ya listo cayó alrededor de su cintura.

Goyo temió por su resistencia; frescamente injerido, los tientos podían escurrirse.

El gatiadito dejó, hacia adelante, pasar su cuerpo en un esfuerzo que le arrugó las ancas.

El lazo se extendió vibrante como cuerda sonora, rompiéndose en silbido quejumbroso, y, volviendo sobre sí mismo, infirió en la mejilla del paisano un barbijo sanguinolento.

El caballo disparó. Llegó a las casas como un presagio de malaventura.

Cuando los peones dieron con el lugar, el cuerpo de Goyo yacía inerte, vientre arriba.

En un manantial vecino, alguien humedeció un pañuelo que aplicó a la frente del herido. Éste se incorporó, los ojos sin vida, fijos en un punto; y mientras todos esperaban su explicación tendió la derecha hacia el pantano.

No se veía nada.

Hacia la parte central, el barro, más claro, hacía mancha como removido con violencia... Luego, nada...

Y el paisano, siempre en actitud de interrogación, ante el misterio cumplido balbuceó como un niño:

–Allí..., ¡el patroncito!

DE UN CUENTO CONOCIDO

Panchito el tartamudo era en la estancia objeto de continuas bromas. Su padre, don Ambrosio Lara, viejo ya y casi inútil para el trabajo, arrastraba sus últimos años a lomos de un lobuno zarco, de huesos salidos y sobrepaso.

Hacían la recorrida juntos, pues eran, en caso de necesidad, más útiles los doce años del muchacho que la experiencia del viejo: fuera para un tiro de lazo, la operación de un enfermo o, cosa más frecuente en esa época, para la cueriada de algún encardao que, hinchado hasta la exageración, levantaba dos patas al cielo en un esfuerzo póstumo.

Natividad, la segunda mujer de don Ambrosio (que sabe Dios si lo era), manejaba estos dos semihombres sin que su mulata obesidad le impidiera estar alerta a todo.

—Ambrosio —gritaba, riñendo al viejo—, no has desatao la mula e la noria, y dejuro se estará redamando el agua.

—Güeno, güeno —contestaba el anciano meneando la cabeza con vaga sonrisa de bondad—. ¡Ave María!, ni que se hubiera distraído el cura en misa. —Y se alejaba lentamente: la lonja del rebenque barriendo el suelo, las piernas zambas, el tirador zarandeado por un movimien-

to de caderas que se comunicaba al enorme facón en balanceo desigual.

La silueta del viejo paisano desaparecía entre los paraísos, y en breve el muchacho, rastreando sus pasos, tomaba la misma ruta.

Así se iban por muchas horas.

Doña Natividad pasaba el tiempo en soltar la majada, alimentar las gallinas, preparar la comida y dar patadas a los perros, siempre metidos en la cocina.

Se comía en silencio, y sólo las largas mateadas traían, tiempo a tiempo, sus conversaciones. Motivo eran los sucesos recientes del pueblo que algún charlatán contara a su manera. Casamientos, carreras y, sobre todo, peleas traían sus extensos comentarios de parte de los viejos ante la presencia invariablemente muda del muchacho, huraño hasta con los padres.

Algunas veces, cuando la ocasión lo hacía inevitable, empezaba a trastabillar sobre una letra. «Cantá, cantá», decía la madre; y sobre melodía plañidera, sin sentido, se arrastraban las palabras con un lloriqueo nasal, mientras el semblante conservaba su habitual expresión de empaque.

Un día, a hora inesperada, el estrépito de una carrera llamó a doña Natividad en dirección al palenque. El semblante de Panchito traía una expresión de dolor.

Hizo señales desesperadas. «¡Cantá, muchacho!», gritó la madre ansiosa; pero fue inútil.

Obedeciendo a los signos repetidos, y recobrando en un momento de angustia la agilidad de sus jóvenes años, la anciana trepó en ancas de su hijo.

Era cerca de la bebida.

Caballo y jinete yacían en grupo de vieja flacura. El lobuno tentó levantarse, pero fue vano su deseo. Sentía en el lomo un vacío que le pesaba, y todo su esfuerzo alcanzó a esbozar una mirada hacia su amo, tirado unos pasos más lejos, la cabeza sobre el borde del abrevadero, una herida incolora ceñida en la frente, a flor de hueso.

Una espuela desaparecía enterrada en el suelo, y el negro chiripá, volcado en pliegues desordenados, envolvía el cadáver como un crespón de luto.

Así había muerto don Ambrosio –de viejo quizá–, arrastrando en su caída al caballo impotente, cuyo ojo zarco no reflejaría más, en claro brillo, su alma de esclavo bondadoso.

El hijo miraba todo aquello, sacudido el torso por pequeños estremecimientos nerviosos, como si el llanto hubiera tartamudeado en su garganta.

Y a pesar de los ruegos de su madre, que exigía detalles, Panchito no contó ese día.

TRENZADOR

Núñez trenzó, como hizo música Bach; pintura, Goya; versos, el Dante.

Su organización de genio le encauzó en senda fija, y vivió con la única preocupación de su arte.

Sufrió la eterna tragedia del grande. Engendró y parió en el dolor según la orden divina. Dejó a sus discípulos, con el ejemplo, mil modos de realizarse, y se fue atesorando un secreto que sus más instruidos profetas no han sabido aclarar.

Fueron para el comienzo los botones tiocos del viejo Nicasio, que escupía los tientos hasta hacerlos escurridizos. Luego, otras: las enseñanzas de saber más complejo.

Núñez miraba, sin una pregunta, asimilando con facilidad voraz los diferentes modos, mientras la Babel del Innovador trepaba sobre sí misma, independientemente de lo enseñable.

Una vez adquirida la técnica necesaria, quiso hacer materia de su sueño. Para eso se encerró en los momentos ociosos y en el secreto del cuarto; mientras los otros sesteaban, comenzó un trabajo complicado de trenzas y botones que vencía con simplicidad.

Era un bozal a su manera, dificultoso en su diafanidad de ñanduti. A los motivos habituales de decoración uniría inspiraciones personales de árboles y animales varios. Iba despacio, debido al tiempo que requería la preparación de los tientos, finos como cerda; a la escasez de los ratos libres; a las puyas de los compañeros, que trataba de eludir como espuela enconosa, llevadera a malos desenlaces.

¿Qué haría Núñez tan a menudo encerrado en su cuarto?

Esa curiosidad del peonaje llegó al patrón que quiso saber.

Entró de sorpresa, encontrando a Núñez tan absorbido en un entrevero de lonjas, que pudo retirarse sin ser sentido.

Al concluir la siesta, mandóle llamar, encargándole irónicamente compusiera unas riendas en las cuales tenía que echar cuatro botones sobre el modelo inimitable de un trenzador muerto.

Al día siguiente estaba la orden cumplida. La obra antigua parecía de aprendiz.

Fue un advenimiento.

Así como un pedazo de grasa se extiende sobre la sartén caldeada, corrió la fama de Núñez.

Los encargos se amontonaron. El hombre tuvo que dejar su trabajo para atender pedidos. Todos sus días, a partir de entonces, fueron atosigados de trabajo, no teniendo un momento para mirar hacia atrás y arrepentirse o alegrarse del cambio impuesto.

Meses más tarde, para responder a las exigencias de su clientela, mudóse al pueblo donde mantuvo una casa suficiente a sus necesidades de obrero.

Perfeccionábase, malgrado lo cual una sombra de tristeza parecía empañar su gloria.

Nunca fue nadie más admirado.

Decíanlo capaz de trenzarse un poncho tan fino, tan flexible y sobado como la más preciada vicuña. Remataba botones con perfección que hacía temer brujería; injería costuras invisibles. Le nombraban como rebenquero.

La maceta de sobar era parte de su puño; el cuchillo, prolongación de sus dedos hábiles. Entre el filo y el pulgar salían los tientos, que se enrulaban al separarse de la lonja.

Aleznas de diferentes tamaños y formas asentaban sus cabos en el hueco de la mano, como en nicho habitual.

Humedecía los tientos, haciéndolos patinar entre sus labios; después corríalos contra el lomo del cuchillo hasta dejarlos dúctiles e inquebrables.

Corre también que poseyó una curiosa yegua tobiana. Cada año le daba un potrillo oscuro y otro palomo. Núñez los degollaba a los tres meses para lonjearlos, combinando luego, blancos y negros, en sabias e inconcluibles variaciones, nunca repetidas.

Durante cuarenta años puso el suficiente talento para cumplir lo acordado con el cliente.

Hizo plata, mucha plata; lo mimaron los ricachos del partido, pero hubo siempre una cerrazón en su mirada.

Viejo ya, la vista le flaqueaba a ratos, y no alcanzó a trabajar más de cuatro horas al día. Cuando insistía sobre el cansancio, las trenzas salían desparejas.

Entonces fue cuando Núñez dejó el oficio.

El pobre casi decrépito, pudo al fin disponer libremente de su vida.

No quería para nada tocar una lonja y evitaba las conversaciones sobre su oficio, hasta que, de pronto, pareció recaer en niñez.

Le tomó ese mal un día que, por acomodar un ropero, dio con el bozal que empezara en sus mocedades. El viejo, desde ese momento, perdió la cabeza; abrazó las guascas enmohecidas y, olvidando su promesa de no trenzar más, recomenzó la obra abandonada cincuenta años antes, sin dejarla un minuto, en detrimento de sus ojos gastados y de su cuerpo, cuya postura encorvada le acalambraba.

Cada vez más doblado, en la atención fatal de aquel trabajo, murió don Crisanto Núñez.

Cuando lo encontraron duro y amontonado sobre sí mismo, como peludo, fue imposible arrancarle el bozal que atenazaba contra el pecho con garras de hueso. Con él tuvieron que acostarlo en el lecho de muerte.

Los amigos, la familia, los admiradores, cayeron al velorio y se comentó aquella actitud desesperada con que oprimía el trabajo inconcluso.

Alguien, asegurando que era su mejor obra, propuso cortarle al viejo los dedos para no enterrarle con aquella maravilla.

Todos le miraron con enojo: «Cortar los dedos a Núñez, los divinos dedos de Núñez.»

Un recuerdo curioso e indescifrable queda del gesto de zozobra con que el viejo oprimía lo que fue su primera y última obra. ¿Era por no dejar algo que consideraba malo?

¿Era por cariño?

¿O simplemente por un pudor de artista, que entierra con él la más personal de sus creaciones?

AL RESCOLDO

Hartas de silencio, morían las brasas aterciopelándose de ceniza. El candil tiraba su llama loca ennegreciendo el muro. Y la última llama del fogón lengüeteaba en torno a la pava sumida en morrongueo soñoliento.

Semejantes, mis noches se seguían; y me dejaba andar a esa pereza general, pensando o no pensando, mientras vagamente oía el silbido ronco de la pava, la sedosidad de algún bordoneo o el murmullo vago de voces pensativas que me arrullaban como un arrorró.

En la mesa, una eterna partida de tute dio su fin. Todos volvían, preparándose a tomar los últimos cimarrones del día y atardarse en una conversación lenta.

Silverio, un hombrón de diecinueve años, acercó un banco al mío. Familiarmente dejó caer su puño sobre mi muslo.

—¡Chupe y no se duerma!

Tomé el mate que otro me ofrecía, sin que lo hubiera visto, distraído.

Silverio reía con su risa franca. Una explosión de dientes blancos en el semblante virilmente tostado de aire.

Dirigió sus pullas a otro.

—Don Segundo, se le van a pegar los dedos; venga a contar un cuento...; atraque un banco.

El enorme moreno se empacaba en un bordoneo demasiado difícil para sus manos callosas. Su pequeño sombrero, requintado, le hacía parecer más grande.

Dejó en un rincón el instrumento, plagado de golpes y uñazos, con sus cuerdas anudadas como miembros viejos.

—Arrímese —dijo uno, dándole lugar—, que aquí no hay duendes.

Hacía alusión a las supersticiones del viejo paisano; supersticiones conocidas de todos y que completaban su silueta característica.

—De duendes —dijo— les voy a contar un cuento —y recogió el chiripá sobre las rodillas para que no rozara el suelo.

Un cuento es para alguien pretexto de hermosas frases; estudio, para otros; para aquéllos, un medio de conciliar el sueño.

Pero manjar exquisito para el criollo, por su rareza, hace que éste viva al par del héroe de la historia y tenga gestos, hasta palabras de protesta, en los momentos álgidos. Sus emociones son tan reales, que si le dijera «¡Ésos son los traidores! ¡Ésa es el ánima malhechora!», muchos de entre ellos tendrían placer en dar una manito al hombre cuya alma ha repercutido en las suyas por un gesto noble, una palabra altanera o una actitud de coraje en momentos aciagos.

Dejaron que el hombre meditara, pues es exordio necesario a toda buena relación, y de antemano se prepararon a saborear emociones, evocando lo que cada cual había tenido que ver en esos fenómenos cuya causa ignoran y que atribuyen al sobrenatural (gracias a Dios).

El que menos pasó su momento de terror en la vida. Uno se topó con la viuda; otro, con una luz mala que trepara en ancas del caballo: a aquél le había salido el

chancho, y este otro se perdió en un cementerio poblado de quejidos.

–Est'era un inglés –comenzó el relator–, mozo grande y juerte, metido ya en más de una peyejería, y que había criao fama de hombre aveso pa salir de un apuro.

»Iba, en esa ocasión, a comprar una noviyada gorda y mestisona, de una viuda ricacha, y no paraba en descontar los ojos de güey que podía agensiarse en el negosio.

»Era noche serrada, y el hombre cabilaba sobre los ardiles que emplearía con la viuda pa engordar un capitalito que había amontonao comprando hasienda pa los corrales.

»Faltarían dos leguas para yegar, cuando uno de los mancarrones de la volanta dentró a bailar desparejo; y jue opinión del cochero darles más bien un resueyo y seguir pegándole al día siguiente con la fresca. Pero el inglés, apurao por sus patacones, no se quería conformar con el atraso, y fayó por dirse a pie más bien que abandonar la partida.

»Así jue, y el cochero le señaló dos caminos: uno yendo derecho pal sur, hasta una pulpería de donde no tendría más que seguir el cayejón hasta la estancia; y otro más corto, tomando derecho a un monte, que podía devisarse de donde estaban y, en crusándolo, enderesar a un ombú, que ésa era la estansia e la viuda. Pero el camino era peligroso, y muchas cosas se contaban de los que se habían quedao por querer crusarlo. Era el quintón de Alvarez, nombrao en todo el partido, y que el inglés conosía de mentas.

»Se desía que había una ánima, pero el cochero le relató la verdad.

»Era que el hijo de la viuda desaparesió un día sin dejar más rastro que un papelito, en que pedía que no olvidaran su alma, condenada a vaqar por el mundo, y que le pusieran todos los días una tira de asao y dos pesos en un escampao que había en el quintón.

»Dende ese día se cumplió con la voluntad del finao, y a la madrugada siguiente aparesía el plato vasío. Los dos pesos se los habían llevao, y en la tierra, escrito con los dedos, desía "grasias"; y esto a naides sorprendía, porque el finao jue hombre cumplido, y aunque no supiera escrebir, otra cosa jue su alma.

»Dende entonses no hay cristiano que se atreva a crusar de noche, y los más corajudos han güelto a mitad de camino y cuentan cosas estrañas.

»La viejecita llevaba de día la comida y los dos pesos, y no le había susedido nada, de no oír la voz del alma en pena de su hijo, que le agradesía.

»Con esto concluyó su relato el cochero, le desió güenas noches al inglés y agarró camino pal poblao, mientras el otro enderesaba al monte, pues era hombre de agayas y no creíba en aparisiones.

»Yegó y, sin titubiar, rumbió pal medio, buscando el abra en que debía estar la comida.

»Cualquiera se hubiera acoquinao en aquella escuridad, pero al inglés le buyía la curiosidá y el alma le retosaba de coraje.

»Así jue, pues, que yegó al punto señalao y vido el plato con la comida y los dos pesos, que no era hora toavía de salir las ánimas y estaban como la mano e la viuda los había dejao.

»Se agasapó entre el yuyal, peló un trabuco y aguaitó lo que viniera.

»Ya lo estaba sopapiando el sueño, cuando un baruyo de ojarasca le hiso parar la oreja. Vichó pa todos laos, y no tardó en vislumbrar un gaucho araposo.

»Este tersiaba en el braso un poncho blanco que de largo arrastraba po'l suelo; las botas, de potro, no le alcansaban más que hasta medio pie, y traiba un chiripasito corto con más agujeros que disgustos tiene un pobre.

»Ay no más se sentó juntito al plato, peló una daga como de una brasada de largor y dio comienso a tragar a lo hambriento.

»En eso, y Dios parese que sirviera las miras del inglés, se alsó un remolino que arrió con los dos pesos. El malevo largó el cuchillo y dentró a perseguirlos, como un abriboca, cuando sintió, pa mal de sus pecaos, que el inglés lo había acogotao y quería darle fin de un trabucaso. Entonses rogó por su vida, alegando que él, aunque se había disgrasiao, no era un bandido y que le contaría cómo se había hecho ánima.

»Ay verán.

»Hasía ya más de veinte años, en sus mosedades, este paisano había jurao cortarle la cresta al gayo, que le arrastraba el ala a su china; pero ese hombre era el finao Jasinto, entonces moso pudiente en el partido, y le encajaron una marimba e palos, acusándolo de pendensiero.

»Dende entonses hiso la promesa de no tener pas hasta vengarse del hombre que lo había agrabiao robándole la prenda. Y una noche quiso el destino que lo hayase solo, y lo mató; pero peliando en güena ley.

»Dispués había enterrao al muerto y, peligrando que lo vieran, había gatiao, de noche, hasta las casas de la viuda, donde le dejó un papelito que le debía asigurar la comida y una platita pa poder con el tiempo salir de apuros.

»Ésa era su historia; y los sustos que daba a la gente, envolviéndose en su poncho blanco, era de miedo que lo encontraran un día y lo reconosieran.

»Golbió a pedir por su vida, que bastante castigo tenía con su disgrasia.

»El inglés, poco amigo de alcagüeterías, prometió cayarse y dejarlo al infelís yorando su amargura.

»Esto pasó hace muchos años, y dísen que al inglés, como premio a su güena alma, nunca le salió más redondo un negosio.

Don Segundo hizo una pausa; su cara bronceada parecía impresionada por sus palabras, y golpeaba con una ramita robada al fuego la maternal fecundidad de la olla.

El auditorio esperaba con calma la conclusión de la historia.

—Güeno, es el caso que muchos años dispués tuvo ocasión el inglés, que era viajadoraso, de golver por el pago.

»Paró en casa e la viuda, y no podía dejar de pensar en lo que le había susedido por sus mosedades.

»En la mesa, aunque juera asunto delicao, preguntó a la patrona por el ánima de su hijo. La viejita se largó a yorar, disiendo que ya nunca oiba la voz de su hijo querido y que ya no escribía "grasias" como antes en el suelo.

»Dejuro en algo lo había ofendido, que eya no sabía tratar con espíritus; y, pa colmo, ni los dos pesos se alsaba, aunque siempre comía lo que eya le yevaba. Muchas veses había yorao suplicándole al alma le contestara, pero nunca hayó respuesta a sus lamentos.

»Al inglés le picó la curiosidá y, aunque estaba medio bichoco por los años pa meterse en malos pasos, se le

remosaba el alma con el recuerdo y se aprestó pa la noche misma. Dijo a la vieja que tendería el recao bajo el alero, que la noche iba a ser caliente; y cuando todos se habían dormido, enderesó al Quintón con un paso menos asentao que años antes y cabiloso sobre el cambio que había dao el malevo en sus costumbres.

»Ni bien yegó al parque, un ventarrón se alsó y creyó el hombre en mal aviso. Se abrió paso como pudo entre las malesas y yegó trompesando al abra dispués de muchas güeltas. Venía sudando; el aliento se le añudaba en el garguero y se sentó a descansar, esperando que se le pasara el sofocón y preguntándose si no sería miedo. Malo es pa un varón hacerse esa pregunta, y el hombre ya comensó a sobresaltarse con los ruidos de aqueya soledá.

»La tormenta suele alsar ruidos extraños en la arboleda. A veses el viento es como un yanto de mujer, una rama rota gime como un cristiano, y hasta a mí me ha susedido quedarme atento al ruido de un cascarón de uncalito que golpeaba el tronco, creyendo juera el alma de algún condenao a hechar leña sin descanso. Al día siguiente, como susede en esos castigos de Dios, el ánima encuentra desecho su trabajo y tiene que seguir hachando y hachando con la esperanza que un día el filo de su hacha ruempa el encanto.

»En esos momentos he sentido achicarsemé el alma, pensando en lo que a cada uno le puede guardar la suerte, y me hago cargo lo qué sería del inglés, ya viejón, con más de un pecao ensima, figurándose que esa sería la ora de su castigo.

»Pero él no creíba en ánimas, de suerte que crió coraje y se arrimó al lugar en que debía estar el plato. Lo hayó como antes, y como antes también se agasapó pa esperar.

»Ya harían muchas horas que estaba ayí, y le paresió una eternidá. No podía ver la hora por la escuridá y quiso levantarse; pero sintió como una mano que le pasaba por la carretiya y se agachó más bajito, pues ya le estaba entrando frío, y si no ganaba las casas era porque tenía miedo.

»Tendió la oreja y sintió que, en frente, algo caminaba entre las hojas secas. Había parao el viento y podía oír clarito los pasos de un cristiano que gateaba.

»Aguantó el resueyo y miró pal lao que venía el ruido. Como a una cuarta del suelo, vido relumbrar dos ojos que lo miraban. Sintió que el corasón le daba un vuelco y apretó el cuchillo que había desembainao, jurando que, si era broma, bien cara la había de pagar quien le hasía pasar tamaño susto. Pero golvió a mirar, y más cerca otros dos ojitos briyaron; sintió un tropel a su espalda, le paresió que alguien se raiba, y ya, mitad de rabia y miedo, saltó al esplayao.

»—Venga —gritó— el que sea, que yo le he de en..., pero, ay no más, un bulto le pegó en las piernas; el hombre trabocó unos pasos y se jue de largo, cayendo con el hosico entre el plato de latón vasío. Más sombras le pasaron por ensima; alguno le gritó una cosa al oído, yevándosele media oreja; sintió como patas peludas de diablo que le pisoteaban la cara y se la rajuñaban.

»Hiso juerza y disparó pal monte. No quería saber nada, y corría este cristiano por entre los árboles, dándose contra los troncos, pisando en falso, enredándose en las bisnagas, chisiándose en los cardos, y gritaba como ternero perdido rogando al Señor lo sacara de ese infierno.

Don Segundo se rió.

—Ave María, susto grande se yevó este hombre.

–Vea: el duro –gritó otro– se hizo manteca. Y cómo jue que había tanto bulto, si parese maldisión –rió Silverio.

–Jue –siguió don Segundo– que la tal ánima había juntao unos pesos y juyó del pago a vivir como Dios manda. Como la viuda seguía poniendo la comida, la olfatió un zorro, y dende entonses vienen en manada. El que quiera sacárselas tiene que ir alvertido y no pisar en hoyos.

Todos festejaron el cuento. Decididamente, don Segundo los había «fumao» para que no lo embromaran; pero el cuento valía uno serio.

Hubo un movimiento general. A los que estaban cebando se les había enfriado la yerba; otros se fueron a dormir, mientras los menos cansados volvían hacia la mesa, donde la baraja, manoseada y vieja, esperaba el apretón cariñoso de las manos fuertes.

EL POZO

Sobre el brocal desdentado del viejo pozo, una cruz de palo roída por la carcoma miraba en el fondo su imagen simple.

Todo una historia trágica.

Hacía mucho tiempo, cuando fue recién herida la tierra y pura el agua como sangre cristalina, un caminante sudoroso se sentó en el borde de piedra para descansar su cuerpo y refrescar la frente con el aliento que subía del tranquilo redondel.

Allí le sorprendieron el cansancio, la noche y el sueño; su espalda resbaló al apoyo y el hombre se hundió, golpeando blandamente en las paredes hasta romper la quietud del disco puro.

Ni tiempo para dar un grito o retenerse en las salientes, que le rechazaban brutalmente después del choque. Había rodado llevando consigo algunos pelmazos de tierra pegajosa.

Aturdido por el golpe, se debatió sin rumbo en el estrecho cilindro líquido hasta encontrar la superficie. Sus dedos espasmódicos, en el ansia agónica de sostenerse, horadaron el barro rojizo. Luego quedó exánime, sólo emergida la cabeza, todo el esfuerzo de su ser concentrado en recuperar el ritmo perdido de su respiración.

Con su mano libre tanteó el cuerpo, en que el dolor nacía con la vida.

Miró hacia arriba: el mismo redondel de antes, más lejano, sin embargo, y en cuyo centro la noche hacía nacer una estrella tímidamente.

Los ojos se hipnotizaron en la contemplación del astro pequeño, que dejaba, hasta el fondo, caer su punto de luz.

Unas voces pasaron no lejos, desfiguradas, tenues; un frío le mordió del agua y gritó un grito que, a fuerza de terror, se le quedó en la boca.

Hizo un movimiento y el líquido onduló en torno, denso como mercurio. Un pavor místico contrajo sus músculos, e impelido por esa nueva y angustiosa fuerza, comenzó el ascenso, arrastrándose a lo largo del estrecho tubo húmedo; unos dolores punzantes abriéndole las carnes, mirando el fin siempre lejano como en las pesadillas.

Más de una vez, la tierra insegura cedió a su peso, crepitando abajo en lluvia fina; entonces suspendía su acción tendido de terror, vacío el pecho, y esperaba inmóvil la vuelta de sus fuerzas.

Sin embargo, un mundo insospechado de energías nacía a cada paso; y como por impulso adquirido maquinalmente, mientras se sucedían las impresiones de esperanza y desaliento, llegó al brocal, exhausto, incapaz de saborear el fin de sus martirios.

Allí quedaba, medio cuerpo de fuera, anulada la voluntad por el cansancio, viendo delante suyo la forma de un Aguaribay como cosa irreal...

Alguien pasó ante su vista, algún paisano del lugar seguramente, y el moribundo alcanzó a esbozar un llamado. Pero el movimiento de auxilio que esperaba fue hostil. El gaucho, luego de santiguarse, resbalaba del cinto su

facón, cuya empuñadura, en cruz, tendió hacia el maldito.

El infeliz comprendió: hizo el último y sobrehumano esfuerzo para hablar; pero una enorme piedra vino a golpearle la frente, y aquella visión de infierno desapareció como sorbida por la tierra.

Ahora todo el pago conoce el pozo maldito, y sobre su brocal, desdentado por los años de abandono, una cruz de madera semipodrida defiende a los cristianos contra las apariciones del malo.

NOCTURNO

La amenaza había quedado en Roberto como un presagio de desgracia.

—Sí, humílleme; pero algún día, si Dios quiere, nos hemos de encontrar cara a cara.

Bah, no era el primer caso..., fanfarronadas de paisano.

Roberto era hombre de afrontar un peligro, y no hizo caso del consejo: «Mire, patroncito, que es mal bicho.»

Volvía del pueblo: dos leguas cortas.

La noche era oscura, agujereada de mil estrellas.

El caballo galopaba libremente, depositada la confianza del jinete en instinto seguro.

A treinta cuadras de las casas los cardos dejan un estrecho espacio; es el mes de noviembre y se alzan, rígidos, mirando al cielo con sus flores torturadas de espinas.

Algo se movió en el camino.

Abrióse el cardal y un bulto ágil saltó hacia el caballo, que, desesperadamente, trató de esquivarse con estrépito de cardos pisoteados.

Se debatió queriendo desasirse de la mano que, hacia atrás, le empujaba venciendo sus garrones; pero perdió apoyo en una zanja, arrastrando en su caída al jinete, que quedó aprisionado: una pierna apretada por su peso.

Palabras de injuria vibraron en el tropel producido por la lucha.

Roberto tiró al bulto, que retrocedió con una imprecación.

Había tocado: tenía ahora que ganar tiempo, salir de la posición en que se hallaba.

El caballo, libre un momento, se levantó, proyectando su jinete a distancia. Éste quiso recobrar el equilibrio, pero fue tarde.

El bulto, que no había hecho sino retroceder, volvía a la carga con mayor impulso.

Recibió el golpe en pleno vientre.

Se supo muerto; un gesto de dolor le dobló como gusano partido por la pala, largó el revólver, asiendo de ambas manos la que le hundiera el hierro hasta la guarda y la retuvo para evitar un segundo encontronazo, ya aterrorizado, la cabeza vaga, sintiendo la muerte en el vientre.

Un chorro de sangre los bañaba, uniéndolos en su viscosidad roja.

Hubo el ruido de dos respiraciones, entremezcladas en esfuerzo de angustiosa lucha.

El hierro ahondó la herida con el movimiento, despedazó la carne, abrió un boquete como cloaca que bañó de inmundo vómito cuatro manos crispadas sobre la misma empuñadura.

Y el cuerpo de Roberto tambaleó vacío de vida, cayó con un son fláccido, los ojos inmensos de terror, la boca abierta en aullido prolongado como un canto.

No humano, el vengador miró esos ojos sin vida y gruñó con voz que era estertor:

—Te la había jurao.

Y fue la dureza del hierro que choca entre los dientes, con ruido repetido y mate, la última convulsión desesperada hacia la vida, una explosión sorda y el sonido blando de una cabeza que cae sobre la tierra.

La sombra corrió hacia el cardal, luego volvió adherido a otra más grande.

El cadáver yacía, inerte, en actitud de descanso.

Sobre su vientre, el enorme desgarro de ropa y carne, mientras una mancha negruzca hacía, en torno a su cabeza, como una aureola de martirio.

Tembloroso, el caballo del matador olfateaba la tragedia; pero fue tranquilizado por las palabras sarcásticas:

—No se asuste, amigo, que ése ya no ofiende a naides.

Y el silencio, por breve tiempo roto, impuso su eternidad.

Un rebencazo sonó seco, y el matador, en brusca carrera, fue desapareciendo como diluido en la oscuridad.

Al poco quedaba un movimiento de sombra en la sombra; pronto, nada.

Y del golpe sobre el camino endurecido, un eco llegó sonoro.

LA DEUDA MUTUA

Don Regino Palacios y su mujer habían adoptado a los dos muchachos como cumpliendo una obligación impuesta por el destino. Al fin y al cabo no tenían hijos y podrían criar esa yunta de cachorros, pues abundaba carne y hubiesen considerado un crimen abandonarlos en manos de aquel padre borracho y pendenciero.

—Déjelos, no más, y Dios lo ayude —contestaron simplemente.

Sobre la vida tranquila del rancho pasaron los años. Los muchachos crecieron, y don Regino quedó viudo sin acostumbrarse a la soledad.

Los cuartos estaban más arreglados que nunca; el dinero sobraba casi para la manutención, y sólo faltaba una presencia femenina entre los tres hombres.

El viejo volvió a casarse. En la intimidad estrecha de aquella vida pronto se normalizó la primera extrañeza de un recomienzo de cosas, y la presente reemplazó a la muerta con miras e ideas símiles.

Juan, el mayor, era un hombre de carácter decidido, aunque callado en las conversaciones fogoneras, Marcos, más bullanguero y alegre, cariñoso con sus bienhechores.

Y un día fue el asombro de una tragedia repentina. Juan se había ido con la mujer del viejo.

Don Regino tembló de ira ante la baja traición y pronunció palabras duras delante del hermano, que, vergonzoso, trataba de amenguarla con pruebas de cariño y gratitud.

Entonces comenzó el extraño vínculo que había de unir a los dos hombres en común desgracia. Se adivinaron, y no se separaban para ningún quehacer; principalmente cuando se trataba de arreos a los corrales, andanzas penosas para el viejo. Marcos siempre hallaba modo de acompañarle, aunque no le hubiesen tratado para el viaje.

Juan hizo vida vagabunda y se conchabó por temporadas donde quisieran tomarlo, mientras la mujer se encanallaba en el pueblo.

Fatalmente, se encontraron en los corrales. El prurito de no retroceder ante el momento decisivo los llevó al desenlace sangriento.

El viejo había dicho:

—No he de buscarlo, pero que no se me atraviese en el camino.

Juan conocía el dicho, y no quiso eludir el cumplimiento de la amenaza.

Las dagas chispearon odio en encuentros furtivos buscando el claro para hendir la carne, los ponchos estopaban los golpes y ambos paisanos reían la risa de muerte.

Juan quedó tendido. El viejo no trató de escapar a la justicia, y Marcos juró sobre el cadáver la venganza.

Seis años de presidio. Seis años de tristeza sorbida, día a día, como un mate de dolor.

Marcos se hizo sombrío, y cuanto más se acortaba el plazo, menos pensaba en la venganza jurada sobre el muerto.

—Pobre viejo, arrinconado por la desgracia.

Don Regino cumplió la condena. Recordaba el juramento de Marcos.

Volvió a sus pagos, encontró quehacer, y los domingos, cuando todos reían, contrajo la costumbre de aturdirse con bebidas.

En la pulpería fue donde vio a Marcos y esperó el ataque, dispuesto a simular defensa hasta caer apuñalado.

El muchacho estaba flaco; con la misma sonrisa infantil que el viejo había querido, se aproximó, quitándose el chambergo respetuosamente:

—¿Cómo le va, don Regino?

—¿Cómo te va, Marcos?

Y ambos quedaron con las manos apretadas, la cabeza floja, dejando en torno a sus rostros llorar la melena. Lo único que podía llorar en ellos.

Yo he conocido a esa pareja unida por el engaño y la sangre más que dos enamorados fieles.

Y los domingos, cuando la semana ríe, vuelven al atardecer, ebrio el viejo, esclavo el muchacho de aquel dolor incurable, bajas las frentes, como si fueran buscando en las huellas del camino la traición y la muerte que los acallara para siempre.

COMPASION

Lleno de la reciente conversación, me adormecía en visiones interiores mientras volvía a casa por camino conocido a mis piernas.

Casas nuevas y chatas, calle de empedrado tumultuoso por la tortura diaria de enormes carros, veredas angostas plagadas de traspiés, nada me distraía, cuando el rumor de una voz quejumbrosa llegó a mí, a través de la noche, pálidamente aclarada por un pedazo de luna muriente.

Eso me insinuó que el camino era peligroso. En la esquina aquel almacén, equivocamente iluminado por la luz rojiza de varios picos de gas silbones, era conocido como un punto de reunión de borrachos y truqueros tramposos.

Algún fin de partida debía ser lo que me llegaba de enfrente en forma de discusión. Saqué del cinto el revólver, que escondí, sin soltarlo, en el vasto bolsillo de mi sobretodo y crucé a enterarme del origen de aquella pelea.

Cautelosamente me aproximé. La disputa había ya pasado «a vías de hecho», pues el más grande de los dos asestaba sin miramientos fuertes golpes sobre el contrincante, que me pareció ser jorobado.

Toda mi sangre de Quijote hirvió en un solo impulso, y, los dedos incrustados en el cabo de mi arma, juré intervenir con rigor.

El bruto era de enorme talla. Cuando se sintió asido del brazo suspendió el balanceo de su pierna, que, con indiferencia de péndulo, viajaba entre el punto de partida y el posterior de su víctima.

Me miró con ira, pero su expresión cambió instantáneamente hacia el respeto. También yo le había reconocido, lo cual no amenguó mi justo enojo.

—¿No tiene vergüenza de estropear así a un infeliz que no puede defenderse?

—¡Si usted supiera, niño, qué bicho es ése! —y lo miraba con un renuevo de rencor.

—Cualquiera que sea, a un hombre así no se le pega.

Dócilmente, se dejó llevar del brazo hasta el almacén, donde entró bajo pretexto de un encuentro con «elementos nuevos».

Yo seguí mi ruta hacia casa. Crucé la gran avenida y volví a sumirme en un zigzag de pequeñas calles oscuras.

Guardé mi arma, inútil ya, y mientras mis nervios reentraban en calma pensé en el dador de la paliza. Cañita, un muchacho bebedor e impetuoso que mi padre utilizaba en los momentos peliagudos de una elección. Valeroso hasta la inconsciencia; bruto, obediente a nuestras órdenes y que sólo nosotros podíamos tratar a antojo sin protestas de su parte.

Rememoraba un hecho no lejano. En unas elecciones de pueblo suburbano nos servía para secuestrar un presidente de mesa que estorbaba. Recordé el día de agitación política, las calles rectas y terrosas, el atrio de la iglesia colonial. Los detalles se precisaban en mi memoria e iba saboreando la audacia maliciosa de nuestro Cañita,

cuando un palo asestado de atrás sobre mi cabeza hizo caer a pique en el aturdimiento mis remembranzas.

—Yo te voy a dar infeliz... —y los palos llovieron, y la voz seguía—: Vas a ver si no sé defenderme, y después te vas a meter a proteger gente que no te pide ayuda y hacerte el valiente diciendo que a los desgraciados no se les pega...

Los palos aumentaban, y también los insultos .. Y de cuánto duró aquello y cómo concluyó conservo memoria muy vaga.

LA DONNA È MOBILE

PRIMERA PARTE

Era domingo, y lindo día; despejado, por añadidura. Deseos de divertirse y buena carne en vista.

Con su flete,
Muy paquete
Y emprendao,
Iba Armando
Galopiando
Pal poblao.

Por otra parte,

En el rancho
De ño Pancho,
Lo esperaba
La puestera
(Más culera
Que una taba).

¡Ah!, moreno, negro y alegre a lo tordo.

SEGUNDA PARTE

Buena gaucha la puestera, y conocida en el campo como servicial y capaz de sacar a un criollo de apuros. De esos apuros que saben tener sumido al cristiano macho (llámesele mal de amor o de ausencia). Y no era fea, no; pero suculenta cuando, sentada sobre los pequeños bancos de la cocina, sus nalgas rebalsaban invitadoras.

«Moza con cuerpo de güey, muy blanda de corazón», diría Fierro.

Lo cierto es que el moreno iba a pasto seguro, y no contaba con la caritativa costumbre de su china, servicial al criollo en mal de amor.

Cuando Armando llegó al rancho, interrumpió un nuevo idilio. El gaucho, mejor mozo por cierto que el negro, tuvo a los ruegos de la patrona que esconderse en la pieza vecina antes de probar del alfeñique; y misia Anunciación quedó chupándose los dedos, como muchacho que ha metido la mano en un tarro de dulce.

¡Negro pajuate!

TERCERA PARTE

—Güenas tardes.

—Güenas.

No estaba el horno como pa pasteles, y Armando, poco elocuente, manoteó la guitarra, preludió un rasguido trabajoso, cantando por cifra con ojos en blanco y voz de rueda mal engrasada.

—Prenda, perdone y escuche.

Prenda, perdone y escuche,
Que mis penas bi'a cantar;
Pero usté mi'a de alentar,
Pues traigo pesao el buche,
Más retobao que un estuche
Que no se quiere baciar.

Doña Anunciación, más seria que el Ñacurutú, guiñaba los ojos, perplejos.

Armando buscó inspiración por milonga:

No me mire, vida mía,
Con esa cara tan mala,
Que el corazón se me quiebra
Como una hojita e chala.

Miremé, china, en el alma
Con sus ojos de azabache;
Miremé con su cariño,
Que no hay miedo que me empache.

Y digamé con los ojos
Que lo quiere a su moreno,
Y enfrenemé con confianza,
Que he de morder en su freno.

Pero no se enoje, prenda,
Y no arrugue ansí la cara,
Si no quiere que me muera
Más blandito que una chara.

Ahí no más, salió el de adentro, enredándose en los bancos, con tamaña daga remolineando; y ambos amantes se encararon, entre insultos y promesas de degüello.

—Negro desgraciado, había de tocarle la mala.

Y quedó boqueando, mientras el otro huía despreciando a la china, a quien comparaba con bestias poco honrados. Se fue, se fue..., pucha, moso apurao.

La puestera, momentáneamente preocupada, arrastró hacia afuera al muerto, lo subió a duras penas en la zorra, ató el petizo y fue hasta una vizcachera rodeada de tupidos cardos, donde volcó su carga. Mientras tapaba al finao, recordó su nuevo amor ahuyentado.

«Bien muerto —pensaba—, por entrometido.»

La cabeza quedaba aún de fuera; doña Anunciación no podía ya de cansada, pero era buena cristiana; hizo una cruz de un palito, buscó un lugar donde ponerla y, con ímpetu repentino, se la clavó al muerto en el ojo.

¡Negro pajuate!

LA ESTANCIA VIEJA

Todas las estancias del partido, contagiadas de civilización, perdían su antiguo carácter de praderas incultas.

Las vastas extensiones, que hasta entonces permanecieran indivisas, eran rayadas por alambrados, geométricamente extendidos sobre la llanura.

No era ya el desierto, cuyo verde unido corría hasta el horizonte. Breves distancias cambiaban su aspecto, y no parecía sino una sucesión de parches adheridos.

La tierra sufría el insulto de verse dominada, explotada, y, renunciando a una lucha degradante, abdicaba su gran alma de cosa infinita.

Pies extranjeros la hollaban sin respeto e instrumentos de tortura rasgaban su verdor en largas heridas negras.

Semillas ignotas sorbían vida en su savia fecunda, y manos ávidas robaban a sus entrañas la sangre para convertirla en lucro.

Un solo retazo escapaba a aquel cambio. Era la estancia de don Rufino, que, como un hijo ante el ultraje de su madre, presenciaba esa invasión, la muerte en el pecho.

Con irónica sonrisa, en que había una lágrima, decía, sacudiendo su barba cana, «como pantalón de gringo»; y sus ojos, tristes, se nublaban, uniendo los diferentes colores.

Su estancia no había cambiado. Un solo potrero servía de pastoreo a vacas, yeguas y ovejas. Y el personal, todo criollo, se abrazaba al último pedazo de pampa como a una bandera.

Allí se podía olvidar y hasta hacerse la ilusión de que, pasados los límites, todo seguía como diez años antes. Diez años que habían traído un cambio brusco que causaba la sorpresa de una traición.

Don Rufino era el verdadero patrón, como el concepto viejo lo entiende. Criado en el campo, apto a todo trabajo, con una rusticidad de alma llena de cariño, era respetado por sus canas y querido por su bondad.

La administración era a usanza antigua. Sería más práctico explotarla con los recursos que prestaba la «ciencia agraria», pero eso hubiera equivalido a un renunciamiento.

Una pequeña casa de material, en forma de rancho, alineaba tres piezas en hilera, frente a las cuales un patio, de tierra prolijamente barrida, ostentaba su pobreza limpia.

Esa mañana, un calor de pesadilla aplastaba la estancita.

Bajo el abrazo rojo del techado, a la luz de un sol bravío, los pequeños muros reflejaban como un metal la claridad de su blancura hiriente.

El patio se agrietaba en arborescencias confusas.

Sombreado por el alero escaso, don Rufino trenzaba sudoroso. Sus ojos agudos dejaron un momento el trabajo para enturbiarse sobre el campo, quemado de sol, ausente de pasto como un camino, que desconcertaba la mirada con la impresión de su reverberante amarilleo.

Tres meses de seca implacable habían carbonizado las más resistentes raíces, y sólo las osamentas puntuaban la desnudez del campo, irrefutables afirmaciones de ruina.

Don Rufino colgó el trenzao, fue hacia el pozo cercano, donde bebió, media cabeza sumida en el balde. Luego se encaminó hacia el dormitorio para escapar a la resolana y observar su virgencita milagrera, famosa en el partido.

Franqueada la puerta, se sintió dominado por aquella quietud mística.

El cuarto estaba oscuro, cerrado a toda influencia exterior, y le alumbraban un par de velas, puestas a cada lado de la virgen extática.

No se habría sabido decir si su actitud era de bendición o de ferviente rezo; lo cierto es que las rígidas manitas inspiraban un plácido respeto, y hasta la frescura del cuarto, que parecía sestear en su sombra, hubiérase dicho obra de ella.

Doña Anacleta le había bordado una alfombrita de mostacilla, y a sus espaldas, sostenido al muro por varios clavos para redondearlo, colgaba un rosario de huevos de urraca y chimango.

Iba el viejo a arrodillarse y rezar por centésima vez pidiendo el agua ansiada. Pero tuvo noción de la inutilidad de sus ruegos.

«Hasta a las ranas hacía más caso aquel pedacito de palo inconmovible.» Y un ansiar venganza ahogó su intención piadosa.

Vio lo de afuera: el campo, árido; los animales, olfateando la tierra sin conseguir de ella más que las dos columnas de polvo alzadas por su soplido.

Toda la congoja de los impotentes aquellos transformósele en rabia, y un proyecto vago en él se precisó.

¡Era fácil estar indiferente como aquel idolito en la frescura encerrada, cuando los demás padecían del sol universal! Justo era que ella también sufriera hasta que por fuerza diera lo que no podían conseguir con rezos.

El momento era propicio. Los muchachos andarían cuereando; la vieja estaba adobando un peludo en la cocina. Podía cumplir su amenaza sin impedimento.

Con manotón irreverente destronó a la virgen de su rincón, escondiéndola bajo la camiseta como hubiera podido hacer con un pollo para que no gritara. Y cerrando con llave, tomó un sendero cuya tierra le abrasaba los pies a través de las alpargatas.

Un remolino venía haciendo espiralear la hojarasca y le quemó el semblante como cuando se agachaba demasiado sobre el fogón en busca de un tizoncito.

Llegó al galpón de esquila, amplio mesón de barro, techado de paja.

En un rincón estaba el comedero, que, acompañado de una argolla incrustada en el muro, formaba el pesebre del tobiano, «el crédito», el único animal gordo en el establecimiento.

Echóle encima un cuero, lo enriendó, apretóle el cojinillo con un cinchón y, enhorquetándose, salió como ladrón buscando lo más tupido de la arboleda.

Púsose a galopar hacia el fondo del potrero. Pronto distinguió el palo del rodeo, única cosa que el calor no agobiaba.

Cada detalle de la calamidad aquella reforzaba el enojo de don Rufino, exasperado ya por el sol, que le chamuscaba el cuerpo a través de la ropa.

Dejó rienda abajo al caballo, acostumbrado, sacando a luz la imagen, que miró con satisfacción; después retiró al tobiano el cinchón, y bien arriba, donde los animales no alcanzaran, ató a la virgencita como a un Prometeo.

Cuando hubo concluido, miró y remiró su obra, a ver si no dejaba una posibilidad de escapatoria, y la cara se le arrugó en amplia carcajada de contento.

—Por Dios —dijo a la virgen, mientras besaba un escapulario con estampa del Cristo que traía al cuello—. Por Dios, que aí vah'a quedar embramada al palo hasta que hagás yovér —y sin más tardanza saltó en su flete, que, solo, tomó rumbo a las casas.

De pronto se detuvo, ensanchándole el pecho una emoción indecible. Allá, en el horizonte, ¿qué era aquello? Una franja oscura parecía avanzar.

Don Rufino no podía creer, dudó de sus ojos; y como ya estuviera cerca de las casas, siguió hacia ellas para ver qué decían los otros.

No oyó sino un grito: «Las puertas, las puertas; cierren las ventanas y los postigos, que viene la tormenta.» Ya no dudó.

Hubo un instante de quietud, y el primer soplo del huracán barrió el campo. En el camino, una columna de polvo se alzó en jadeante remolino: los viejos álamos agacharon, rechinando sus orgullosas copas, y las casuarinas silbaron su quejido agudo.

Don Rufino, atontado, inerte por la emoción, miró a su alrededor; los pocos animales que veía, dando idénticamente el anca al viento, le parecieron de golpe haber engordado. Creía vivir en otro mundo, sentíase lleno de milagro, y al recobrar su vitalidad, brevemente perdida, echó su caballo a correr, tendido sobre el costillar, camino a la virgencita.

Allí estaba, con los fuertes nudos, pequeña, igual, menos luminosa en la oscuridad de la tormenta. Don Rufino besóle los pies, hízole mil mimos y caricias, concluyendo por envolverla en el cojinillo y disparar, a pelo limpio, hacia las casas.

El viento, que parecía haber arreado con toda la tierra, seguía claro y menos fuerte. Algunas gotas espesas comenzaron a caer, viajadoras como bolas perdidas. El

anciano aceleraba, bebiendo a pulmón abierto el olor a tierra mojada; cerca del palenque, las gotas se tupieron, haciendo paragüitas contra el suelo.

Llegó empapado.

En el galpón de esquila todo el peonaje reunido se atareaba en guarecer del chubasco las prendas que éste podía dañar.

Un hornero repiqueteaba su risa de victoria.

Los relámpagos dibujan carcajadas de luz.

Felipe, el menor de los muchachos, apareció por la playa hecho sopa, gritando al ataque fresco de la lluvia. Traía a los tientos un cuero cuyas garras espoleaban al caballo en las verijas. Hastiado el animal, al enfrentar las casas, corcovió unos diez metros.

–¿Ande vas?... ¿Ande vas? –gritaba don Rufino–. A darte un disgusto...

–De viejo y bichoco –contestaba el muchacho alusivamente– se me acalambran los huesos. –Y ambos reían, mirándose en la cara.

La lluvia, gradualmente, fuese moderando. Chorros y gotas caían de los techos, ahondando las marcas de gotas anteriores. Los árboles, momentos antes maltratados por el vendaval, reverdecían lavados. Los troncos intensificaban su color. Las zanjas plagiaban ríos; los charcos, lagunas. Los pájaros, pelotones de pluma, se inmovilizaban, los párpados a medio cerrar. Un ritmo lento, lleno de goce, silenciosamente intenso, moderaba los gestos hasta de la gente, que se acariciaba el cutis contra el aire fresco.

Un ritmo lento, una quietud contemplativa abrazaba la pampa.

Son las nueve de la noche. Todo parece dormir en la estancita. En el dormitorio de los viejos hay luz. Cuantas velas se encontraron en la casa están ahí, para iluminar a la bienhechora. Don Rufino, rosario en mano, dice los Aves que corean los demás. Cocinero, peones, todos están allí en esa hora solemne. La voz baja y monótona alterna con el coro; una profunda piedad se exhala de las almas sencillas.

Contra los vidrios, la lluvia en latigazos intermitentes crepita con saña.

Y la virgencita, muy oronda en su nicho, saborea esa nueva victoria sobre todos los otros santos del pago.

LA ESTANCIA NUEVA

Era un toro excepcional, y don Justo Novillo se enorgullecía de haberlo logrado con mestización rápida.

Siempre sostuvo que pocas generaciones bastaban para conseguir tipos perfectos de raza; lo esencial era echar buenos reproductores, sin «abatatarse» por los precios.

Ahora pocos le discutirían.

¡Qué toro!; parecía de **pedigree:** un noble animal idéntico al padre importado a costo y cuenta de don Justo.

Había que cuidarlo. Y el patrón, breve conocedor de **farms** británicos, aplicaría el sistema ultramarino: lo trataría como a un **lord.**

A esos efectos despachó la peonada criolla —que miraba con ironía aquella mole inmóvil y decían panza, cogote, guampas, cual si se tratara de un vulgar «guaiquero»—, para reemplazarla por un blondo par de normandos rasurados, rojos, **chic** en sus **briches;** muy europeos, con sus gorras y pipas y whisky.

¡Qué orgullo para el establecimiento!; todo giraba en torno a la hermosa bestia, cuasi sagrada, y los visitantes no veían sino las actitudes matronescas del fabricador de carne para exportación.

Llegó la Exposición, tumulto de reproductores «gloria nacional». Un espectáculo sobrehumano, diremos, porque nunca nuestra especie logra esa perfección de belleza.

Los grandes cabañeros discutían amontonados en torno a los posibles campeones. El toro de Novillo elevaba el diapasón de las discusiones.

—¡Pero si la madre ha de ser hosca o chorreada!

—Será lo que usted quiera, pero hay derecho a ponerlo en duda.

—¡Si hace diez años no tenía más que un rodeíto de hacienda criolla!

—Y, amigo, el hombre se las ha compuesto a su manera; el resultado es de primer orden, no hay fallas, mire el lomo...; es un billar; patas, impecables..., ¡y qué costillas!; la paleta, amigo; el pelo, las astas, el cogote..., ¿qué más?...

Y se excitaban en comentarios técnicos, haciendo levantar al animal de un puntazo, con el regatón de sus malacas, palmeándole las ancas, estirándole el cuero.

Llegó el día, y toda la familia Novillo presenció jadeante los trabajos del Jurado en la pista... La escarapela blanca del primer premio de categoría se enriquecía con la azul: «el campeonato».

Era motivo suficiente para que todos los Novillo tiraran y rompieran sus galeras (¡qué importaba una galera!).

Un día único, el día del laurel.

La vuelta fue triunfal: los mimos resultaban pocos; hasta la tierna despedida de don Justo.

—Bueno, compadre, a divertirse y cumplir con su obligación: «Crecete y multiplicate.»

Querían ir los muchachos, pero el viejo los retuvo.

–¡A ver, a ver!..., no son bromas, ni juguetes; ¿no?...; déjenlo tranquilo..., llévalo no más, Cresencio.

¡Qué barbaridad!... A las diez apareció Cresensio con andar descompuesto.

–Señor..., el toro estaba muy pesao y se ha quebrao.

–¿Cómo?

–¡Se ha quebrao, señor...; sí, señor, se ha quebrao de una pata!...

Tuvieron que degollarlo: ¡pobre muerto glorioso! ¡Todos concluimos así, al fin!

Pero el tiempo reglamentario pasó.

Se sabía que al menos algo quedaría del campeón: un hijo. El primero y el último...; por suerte, la madre era pura, de las pocas puras, y quién sabe, pensaban los Novillo, no fuera digno del padre.

Se esperó el advenimiento. Cumplióse el plazo, y un peón de los viejos que rondaba el potrero del plantel vino con la noticia.

–¡Parió la vaquillona, señor!

¡Qué algazara!; todos los Novillo cayeron en tropel.

–¡Parió..., parió..., Hosana!

–¿Y, vamos a ver, cómo es, don Paulino, cómo es?

–Es hembra, señor.

–¡Caramba! ¿Y de qué pelo?

Don Paulino sonrió entre sus bigotes moros:

–¡Es yaguanesa, es!

ARRABALERA

Es un cuento de arrabal para uso particular de niñas románticas.

El, un asno paquetito.

Ella, un paquetito de asnerías sentimentales.

La casa en que vivía,
Arte de repostería;
El padre, un tipo grosero
Que habla en idioma campero.

Y entre estos personajes se desliza un triste, triste, episodio de amor.

La vio un día reclinada en su balcón, asomando entre flores su estúpida cabecita rubia, llena de cosas bonitas, triviales y apetitosas, como una vidriera de confitería.

¡Oh, el hermoso juguete para una aventura cursi, con sus ojos chispones de tome y traiga, su boquita de almíbar humedecida por lengua golosa de contornos labiales, su nariz impertinente a fuerza de oler polvos y aguas floridas, y la hermosa madeja de su cabello rizado como un corderito de alfeñique!

En su cuello, una cinta de terciopelo negro se nublaba de uno que otro rezago de polvos, y hacía juego, por su

negrura, con un insuperable lunar, vecino a la boca, negro tal vez a fuerza de querer ser pupila, para extasiarse en el coqueto paso sobre los labios de la lengüita humedecedora.

Una lengüita de granadina.

La vio y la amó (así sucede), y le escribió una larga carta en que se trataba de Querubines, dolores de ausencia, visiones suaves y desengaño que mataría el corazón.

Ella saboreó aquel extenso piropo epistolar. Además, no era él despreciable.

Elegante, sí, por cierto; elegante entre todos los afiladores del arrabal, dejando entrever por sus ojos, grandes y negros como una clásica noche primaveral, su alma sensible de amador doloroso, su alma llena de lágrimas y suspiros como un verso de tarjeta postal.

Todo eso era suficiente para hacer vibrar el corazón novelesco de la coqueta balconera.

Se dejó amar.

Rolando paseóse los domingos empaquetado en un traje estrecho y botines dolorosamente puntiagudos, por la vereda de quien le concedía, en calidad de limosna, una que otra sonrisa (deliciosa sonrisa) de su boca de frutilla.

Compróse para el caso un chaleco floreado de amarillos pétalos sobre fondo acuoso; una corbata de moño, con colores simpáticos a los del chaleco, y una varita de frágil bambú ornada de delicioso moño de plata.

A ella le floreció la boca, sonrojáronsele las mejillas, y sus ojeras tomaron un declive de melancolía.

—¡Amor, amor!

Divino surtidor.

Pero había un padre..., y ¡qué padre!

Bastó una circunstancia fortuita para que mostrara su alma innoble. Se precipitó sobre el tierno jovencito y, de-

sordenando la pétrea rigidez de sus solapas, habló así el torpe:

—Veo, so cajetilla; despéjeme la vedera, y pa siempre, si no quiere que le empastele la dentadura, ¿mi-a-óido?

¡Qué hombre grosero, tan grosero, y qué trompada en el cristal de los corazones enamorados!

¡Oh, nobles flores del balcón, vosotras supisteis el tibio rocío de las lágrimas lloradas por Azucena!

¿Y el jovencito?

¡Ay!... Escribía versos, rimando sus penas para aliviarse en actitudes interesantes; pero no tenía el genio de Musset, y su única lectora apenas si respondía ya a sus súplicas.

¡Pobre jovencito! Sufría oyendo con infinita ternura el canto de los pajaritos y lagrimeaba en los crepúsculos. El olor de los jazmines, que ella quería, le producía desfallecimientos. Su corazón se deshojaba como una flor, y vivía forjando romances tristes.

Eso no podía seguir.

Enflaqueció, perdió el gusto de comer y la afición de vestirse; era un lirio sin sol, concluyendo por tomar la fatal decisión de poner fin a su existencia.

¡Pobre jovencito! Escribió su último verso de amarga despedida, dijo que su sangre salpicaría el retrato ingrato y, sonriente ante su supremo dolor, dijo muchas, muchas, muchísimas cosas tristes, y, ¡pum!..., se dio un tiro en el cerebro.

MASCARAS

Nos paseábamos hacía rato, secándonos del zambullón reciente, recreados por toda aquella grotesca humanidad, bulliciosa e hirviente, en la orilla espumosa del infinito letargo azul.

El sol ardía a través de la irritante ordinariez de los trajes de baño.

—Verdad —decía Carlos—, tendría razón el refrán si dijera: «El hábito hace al monje.» ¡Qué pudor ni qué ocho cuartos: aquí hay coquetería y una anca se luce como un collar en un baile! Pero ahí viene Alejandro y le vamos a hacer contar aventuras extraordinarias.

Saludos. Carlos hace alusiones al ambiente singularmente afrodisíaco del lugar; Alejandro sonríe de arriba y toca con los ojos indiscretos los retazos de formas mujeriles que se acusan en la negra adherencia de los trapos mojados.

Nos mira con pupilas crispadas de visiones libidinosas y arguye convencido:

—Se vive en un tarro de mostaza. El sueño es una incubación de energías; el aire matinal un **pick me up**, y este espectáculo diario es tan extraordinario para la «taparrabería» de nuestra vida cotidiana, que no anda vago de mil promesas incumplidas, como las pensionistas de

convento privadas del mundo ansiado que les desfila en desafío bajo las narices.

Por suerte, hay una que otra rabona posible...

–Así que vos, a pesar de tu renombre donjuanesco..., ¿se te acabaría la racha?

–¿Racha?... El mío es un oficio como cualquier otro. Lógico es que algo me resulte.

–¿Y nada para contarnos?

–¡Algo siempre hay!

–¿De carnaval?... ¿La eterna mascarita?

–¡Sí, la eterna mascarita!... Y eso es natural en un día anónimo.

–¿Nos contarás tu aventura?

–Si quieren; es bastante curiosa... Vamos a vestirnos y, tomando los copetines, charlaremos.

En lo del Negro Pescador hay un tenorete que hace pecho; usa **boutonnière** estrepitosa y canta con olas en la voz. Sentados, oímos la verba efervescente de Alejandro, que tornea las palabras con ademanes de palpar formas.

–...Chicas así siempre se encuentran. No se animan a nada, contenidas por el temor del murmullo malintencionado; pero se dan, se entregan, en una mirada, con un gesto distraído que las desnuda, ciñéndose la capa sobre las caderas libres, o entregándose turgentes al salir de una ola.

»¿Ustedes conocen la chica de F...? ¿Es bonita, verdad? Pero su belleza es poco, comparada con el temperamento que vive en ella.

»Hacía todas las monadas de la capa, de la sonrisa, de la ola, y era como una palpitación constante de curiosidades personales. Parecía maravillarse con su cuerpito duro, ceñido en piel morocha, brillante como una espuma curada.

»Al poco tiempo se permitía conmigo libertades que nos detenían en privaciones forzadas. No había ocasión. Ella parecía temerla, pero como impotente a negarse en una oportunidad decisiva.

»Hice mi plan: carnaval se acercaba, y pensé en lo que Carlos llama "la eterna aventura de la máscara".

»Ella me dijo cuál sería su disfraz. Su estado febril la predisponía a los actos inconscientes, y preparé ese desagradable antemano que, por desgracia, es imprescindible, si no se quiere caer en pequeños inconvenientes que todo lo echan por tierra.

»A las once estaba listo, coscojeando de impaciencia dentro del dominó oliente a trapo.

»Vacío completo en el salón limitado en cuadrángulo por varias filas de sillas. Luz y reflejos acuáticos en el parquet encerado.

»Me senté en un rincón esperando que las parejas de la terraza se hartaran de fresco y vinieran a romper el hielo relumbrante.

»Dos horas más tarde, siendo propicia la algazara, me acerqué a mi mascarita, nervioso en la indecisión de los primeros momentos. Pero todo se desvaneció en tranquilidad de ola rota cuando las primeras frases banales de encuentro nos encaminaron a la conversación.

»Inés no estaba elocuente; contestaba con voz desconocida, bajo la máscara, los monosílabos obligatorios. Me explicaba perfectamente su estado, y lacerado por el silencio de su turbación, fui elocuente, apasionado, exigente, como con derechos ya adquiridos.

»Por fin, balbuceó frases de abandono, de consentimiento tímido. Volví a la carga, insinué una escapada donde nadie pudiera interrumpirnos y accedió con el solo ruego de que respetara su máscara.

»—Tendré más coraje, seré más tuya.

»Di mi palabra, y el asunto marchó a antojo menos difícil de lo que había previsto para una criatura inexperta.

«Fue una noche extraña, devorante de pulsaciones aceleradas y saciedades renovadas por nuevas vorágines. Yo miraba como en una mazmorra rodar las pupilas concentradas y lejanas. Nunca se ha aferrado a mí una mujer con intensidad más violenta; levantaba el triángulo de género que concluía su antifaz y entregaba insaciables sus labios, hinchados y tenaces. Era como una desesperación; adivinaba sollozos, pero no me llamaba la atención que, entre todas las tonalidades de amor, la triste fuera suya.

»Quedé dos o tres días desagregado, tenue, llevando en mí la sensación de un desvarío que me amplificaba.

»¿Qué era de Inés? ¿Por qué me miraba así fríamente y evitaba encontrarme a solas? ¿Se guardaba rencor por haberme cedido?

»Mucho tiempo anduve sin saberlo, y las veces que me atreví a insinuar un recuerdo de la noche pasada hacíase la desentendida. Creí, pues, me indicaba un camino, y callé, dispuesto a actuar sin palabras para evitarle la situación neta que parecía rehuir. Al fin y al cabo, todo estaba de acuerdo con la guardada del antifaz. Modo, en verdad, curioso de pudor.

»La segunda ocasión se presentó, volví a utilizar mi sistema apremiante, e Inés fue mía por segunda vez..., es decir, por primera, pues me daba la prueba material que ni yo ni ninguno la había poseído anteriormente.

»Esto corre desde hace varios días. La Inés de hoy y la de carnaval resultan dos, y me muero de curiosidad inútil por saber quién es la Mesalina furiosa de la careta que aprovechó el equívoco para entregarse por cuenta de otra.

—¿Y no crees que volverá a buscarte, a ingeniarse, por lo menos, en cualquier forma para verte?

—Seguro que no. Esa es de las que, débiles, ceden a la moral social como un perro a una mordaza, y se ha desbocado en ocasión única con toda la presión contenida durante una existencia.

—¡Pues ya sos oportuno!

—Casualidad, caer en el momento único.

Las copas están vacías, ya no hay gente en el baño. Las mujeres se pasean, el cutis lustrado de gran aire salino, y se saludan o conversan con gestos de púdico recato.

—¡Ahí viene el Zaino! —anuncio Alberto desde la puerta del pequeño salón de espera.

Recoger las valijas, salir al andén y ponernos buenamente a contemplar el punto negro, empenachado de humo, que venía hacia nosotros agrandándose, fue obra de un segundo.

Las despedidas se cruzaron.

—Hasta pronto, entonces; que se diviertan por allá, y no olvide, Alberto, le recomiendo mi compañera por si le hace falta algo...; atiéndamela, ¿no?

—Pierda cuidao. Por lo pronto, la señora —dijo mi compañero dirigiéndose a la robusta y hermosa alemana— nos hará el honor de comer con nosotros.

—Con mucho gusto.

—Otra vez, entonces, ¡hasta la vuelta!

—Esoés, ¡adiós, adiós!

Y tras los últimos apretones de manos, nos colamos a nuestro coche, sacamos el polvo de los asientos a grandes latigazos de nuestros pañuelos, abrimos la ventanilla, acomodamos las valijas y nos sentamos con satisfacción de conquistadores.

No hubo más voces, ni movimiento en la estación campera, que pronto dejamos en su silencio.

Afuera, la llanura corría, a veces interceptada por algún árbol demasiado cercano que aturdía los ojos.

–Supongo –dije a Alberto– que me presentarás la rubia.

Y siguiendo a esta pregunta, hice otras, cuyas contestaciones me fueron satisfactorias.

–Bueno, vamos al comedor, que nos estará esperando.

Sola y halagada por muchos ojos, nuestra flamante amiga aguardaba sonriente. Los manteles se cargaron de vinagreras, platos, cubiertos, y, poco a poco, los viajeros llegaban con andar inseguro, buscando en torno las caras menos desagradables para hacerlas sus compañeras de comida.

Nuestra conversación rodaba, fácil y ruidosa, como el tren mismo; los sacudones hacían chocar las rodillas bajo las mesas; las porcelanas sonaban como risas, y en los vidrios, iluminados por la luz interna, el azul de un atardecer ya avanzado concentraba su color.

Las intimidades con mi vecina iban su camino. Debía tener yo rojas las mejillas, a juzgar por las de ella, y nuestras voces llamaban la atención.

A los postres, pedimos nos llevaran al compartimiento café y licores, y regresamos chocándonos a capricho de los movimientos del vagón, cosa que permitía ciertos ademanes que podían pasar por involuntarios.

Y como generalmente van las cosas, cuando dos intenciones concuerdan, fueron las incidencias desenvolviendo su ovillo hacia la perfección sin choques ni retardos, hasta que la misma idea, ineludible, vino a detenernos ante el tercero, que, si hasta entonces había ayudado, podía estorbar.

Dos palabras en voz baja. Ella se levantó fingiendo un olvido.

–Ahora vuelvo.

Dije al rato estúpidamente:

–Che, ésta no viene...; voy a buscarla.

Mi amigo sonrió simplemente.

Por breve que hubiese sido, ella encontró tiempo para arreglarse y esperarme, sin trabas retardadoras, evitando los ridículos de una impaciencia exasperada.

El lecho era estrecho y duro: pero ya saboreaba todos los encantos de mi aventura inesperada, cuando dos puñetazos, enormemente asentados, hicieron temblar la puerta.

Sorprendido e iracundo, respondí con palabrotas a los ruegos del empleado, cuyo discurso no entendí. Pensé fuera por los boletos, pero oí la voz de Alberto gritándome por una rendija:

–¡Abrí!... ¡Abrí, animal, que no es broma!

Corrí el pasador y mi compañero cayó casi sobre nosotros.

–¡No te has dao cuenta que hace veinte minutos estamos paraos en una estación y estás con la luz prendida!

Loco, salté hacia el botón eléctrico, que apagué de una vuelta, y, libre entonces del encandilamiento, pude ver un racimo de caras gozosas que se aplastaban la nariz contra el vidrio de la ventanilla.

SEXTO

Eran inocentes porque eran chicos, y los chicos representan entre nosotros la pureza de las primeras edades.

Vivían, cerco por medio, en dos hermosas quintas llenas de árboles amigos y misteriosos. Corrían, jugaban, y sus risas eran inconscientes vibraciones de vida en los jardines.

Cuando sus brazos se unían o rodaban sobre el césped, solían acercarse sus rostros y se besaban sin saber por qué, mientras una extraña emoción, mejor que todos los juegos, les impulsaba a buscarse los labios.

Otras veces, influenciados tal vez por el día o por un sueño de la última noche, estaban serios. Sentábanse entonces sobre el rústico banco de la glorieta, y él contaba historias que le habían leído, mientras jugaba con los deditos de su compañera atenta.

Eran cuentos como todos los cuentos infantiles, en que sucedían cosas fantásticas, en que había príncipes y princesitas que se amaban desesperadamente a través de un impedimento, hasta el episodio final, producido a tiempo para hacerlos felices, felices en un amor sin contrariedades.

Ella oía con los ojos asombrados e ingenuos de no saber; sus cejitas, ávidas de misterios amorosos, ascendían en elipsis interrogantes, y, en los finales tiernos, sus pupilas se hacían trémulas de promesas ignotas.

Y no eran sus ojos los únicos elocuentes. Su boca se abría al soplo de su respiración atenta, sus rulos parecían escuchar inmóviles contra la carita inclinada y abstraída. Y sus hombros caían blandamente en la inercia del abandono.

Ya tenía él el orgullo viril de ver colgada de sus palabras la atención de esa mujercita, digna de todos los altares. Y cuando su voz se empañaba de emoción al finalizar un cuento, se estrechaban cerca, muy cerca, en busca de felicidad y como conjurando las malas intervenciones.

Entonces creían gozar de un privilegio. Se acariciaban envueltos en una exigencia inexplicada de sentirse mezclados y guardaban un sabor de iniciados en misterios ignorados del mundo.

Estaban un día ajenos a todo. El cuento de la princesa rubia había puesto entre ellos la ascendencia de su fantasía. Ella se arrebujaba contra él desparramando en hilachas de oro sus bucles sobre el hombro amigo; él la había atraído lo más posible y besaba, como estampas sagradas, sus ojos, trémulos de promesas ignotas.

Así estrechados, una voz hostil los sacudió. Vieron un hombre negro, un padre jesuita que los invectivaba.

Escaparon. Pero el hombre, enfurecido por algo inexplicable, tocó el timbre de la quinta, exigió la venida de la señora y, señalando a los pequeños, los acusó de cosas incomprensibles.

Esa noche los involuntarios pecadores (así muestran hoy las cosas) fueron sermoneados y entrevieron el sexto mandamiento.

La lápida estaba colocada.

El muchacho sintió que una gran ave blanca yacía a sus pies en desparramo inmundo de tripas sanguinolentas.

Y ella veía caer de entre sus pestañas temblorosas lágrimas, como si fueran gotas de su alma muertas de dolor.

Otros cuentos y relatos

Una cocina de peones: fogón de campana, paredes negreadas de humo, piso de ladrillos, unos cuantos bancos, leña en un rincón.

Dando la espalda al fogón matea un viejo, con la pava entre los pies chuecos que se desconfían como jugando a las escondidas.

Entra un muchacho lampiño, con paso seguro y el hilo de un estilo silbándole en los labios.

PABLO SOSA. —Güen día, don Nemesio.

DON NEMESIO. —Hm.

PABLO. —¿Stá caliente el agua?

DON NEMESIO. —M... hm...

PABLO. —¡Sta güeno!

El muchacho llena un mate en la yerbera, le echa agua cuidadosamente a lo largo de la bombilla, y va hacia la puerta, por donde escupe para afuera los buches de su primer cebadura.

PABLO. **(Desde la puerta.)** —¿Sabe que está lindo el día pa ensillar y juirse al pueblo? Ganitas me están dando de pedirle la baja al patrón. Mirá qué día de fiesta p'al pobre, arrancar biznaga'e el monte en día domingo. ¿No será pecar contra de Dios?

DON NEMESIO. —¿M...hm?

PABLO. –¿No ve la zanja, don? ¡Cuidao no se comprometa con tanta charla!

»Quejarse no es de güen cristiano y pa nada sirve. A la suerte amarga yo le juego risa, y en teniendo un güen compañero pa repartir soledades, soy capaz de creerme de baile. ¿Ne así? ¡Vea! Cuando era boyero e muchacho, solía pasarme de vicio entre los maizales, sin necesidá de dir pa las casas. ¡Tenía un cuzquito de zalamero! Con él me floreaba a gusto, porque no sabiendo más que mover la cola, no había caso de que me dijera como mamá: "Andá buscáte un pedazo e galleta, ansina te enllenas bien la boca y asujetas el bolaceo"; ni tampoco de que me sacara como tata, zapatiando de apurao, pa cuerpiarle al lonjazo.

»El hombre, amigo, cuando eh'alegre y bien pensao, no tiene porqué hacerse cimarrón y andarle juyendo a la gente. ¿No le parece, don?

DON NEMESIO. –¿M...hm?

Pablo acobardado toma la pava y se retira hacia afuera a concluir su cebadura, rezongando entre dientes lo suficientemente fuerte para ser oído:

–Viejo indino y descomedido pa tratar con la gente...; te abriría la boca a cuchillo como a los mates.

Don Nemesio, invariablemente chueco ante el vacío que dejó la pava, sonríe para él mismo, con sonsonete de duda:

–¿M...hm?

ESTA NOCHE, NOCHEBUENA...

Pensaba laboriosamente, penetrado por la cargazón atormentada del aire.

Al llegar a la tranquera, donde como de costumbre cruzaría los brazos para desconsolarme hacia las tristezas de la seca, dejé mi mano resbalar por la lisa madera humedecida de bruma. Una gota cayó dura y fresca sobre mi muñeca, y el trueno rodó como una sucesión de rotundas esferas sonoras cayendo allá.

Engaños conocidos, tormentas de verano que pasan irresolutas a pesar de las cábulas con que se les pretende atraer: dejar descubierta la parva, no entrar el coche, y si alguien habla de lluvia, echarse el chambergo a la nuca y reír incrédulamente.

No hice caso, pues, de aquella gota, caída posiblemente por equivocación, en lugar tan poco frecuentado por sus similares, y recordé el día memorable comenzado sin anuncios de cohetes, ni dianas, pero memorable a pesar de todo. Era 24 de diciembre, por gracia de Dios, y según indicación de los almanaques; el día de mañana sería Navidad durante todo el día.

—¡Mal haya tiempo bruto!... ¡Tiófilo!, atá el surqui y acomodate, que vamos al pueblo.

Cuando subí al escaso asiento, la tormenta había pasado, a pesar de lo de la parva, y afligido de mi cotidiano malhumor, detallé por centésima vez la congoja de los campos yermos.

Los animales aparecían enormes y demasiado numerosos, producíanse mirajes con frecuencia, apartando un trozo de horizonte o colgando un puesto lejano en el aire.

Creyérase ver correr el viento sobre las lomas: tanto reverberaba el sol en fugaces ondas vibratorias, simulando estremecimientos de no sé qué dolor pampeano. Remolinos de polvo disparaban en pequeñas trombas por el campo ardido, y si acertaban a pasar entre las casas, haciendo gesticular risiblemente las ropas colgadas, barajando hojas y gajos con rumor de ráfaga dañina, viejas y chinas se santiguaban musitando temblorosas: **Cruz, diablo,** para acorazarse contra las influencias del maligno.

Igual a lo demás, este día memorable e incognoscible entre los otros, a no ser la certeza de los almanaques infalibles: ¡24 de diciembre! Quien no supiera la fecha ignoraría de seguro que aquella noche habría «Misa de Gallo» a las doce (medianoche en punto) para celebrar el acontecimiento más cristiano de nuestra era.

Así pensando, destartaladamente llegué a las primeras casas del pueblo. Ya era hora: la sombra de nuestro carruaje temblequeaba muy larga, ridiculizándonos en un estiramiento desmedido; endurecíanse luminosas las fachadas de los edificios esclarecidos de sol poniente; a nuestras espaldas, el astro se degollaba contra el filo del horizonte con grandes charcos de carneada...

Miré el reloj. Tenía justo el tiempo para comer en la fonda e ir luego a lo de mi resero Priciano Barragán, que ya con anticipo, me invitaba a rezar un rosario en su rancho esa noche memorable de Navidad.

La oscuridad nocturna sólo lograba apesadumbrar el calor insoportable.

Habíase vuelto a formar la dichosa tormenta, convertida en perpetua amenaza irrealizada, y sólo por el compromiso contraído no seguí el callejón hasta la estancia, y me detuve, tras un ligero desvío, en lo del viejo Priciano.

Saludé con recato, no queriendo, como un moscardón grosero, romper la telaraña hecha para atrapar bichos más pequeños.

Las almas parecían estarse entretejiendo en vuelos, mientras los labios agitados por frases sacras se removían como ostras atacadas de limón.

Estaba la vieja Graciana, madre de mi tropero; Elisea y Goya, sus hermanas; Prosperina, su mujer; Mamerto, Rosaura y Numa, sus entenados; tres visitas para mí desconocidas, y la negra Ufrasia, más popular en el pueblo que el reloj del campanario.

Todos me entregaron gravemente sus manos fofas y frías, como sapos desmayados.

Busqué un lugar donde espaldarme, con desconfianza de jabalí, y me le aparié al dueño de casa, con un tanquito petiso apoyado contra el muro de barro cuyo blanqueo se desprendía en grandes cachos.

Recién pude mirar, sin ser objeto de observación, el centro de aquella ingenua y devota escena campera.

Un Niño Jesús de cera, apenas coloreada, volvíase transparente a la luz de seis amarillentas velas de sebo, colocadas en la orilla de la mesa. Alrededor de la imagen santa, amontonábanse sin curiosidad una vaca de palo, diminuta, una lanuda oveja de juguete y un enorme burro de celuloide, que no me era desconocido.

Aquel acomodo tan sin artimañas, en el cual sólo los símbolos tenían valor, me produjo una de esas piadosas emociones de ternura excesiva.

Entre tanto el silencio era el silencio.

Ufrasia inició un **Ave.** Obedecimos, porque así lo mandaban las ya divinas manitas del Niño Dios, tendidas en un ruego hacia allá arriba, arriba, arriba. Después dijimos tres veces el **Pater,** y la negra pronunció una oración para el caso especial festejado esa noche.

Tregua y silencio y contemplaciones, y almas que oran y labios que cuchichean.

Estaba yo muy cansado, y un sueño plomizo se me colgaba de los párpados, sin que pudiera disimular la expresión bovina que me adivinaba.

¿Cuánto tiempo pasó así?

Don Priciano roncaba a cabezazo limpio; la viejita Graciana sesteaba de **a puchos** con sobresaltadas incorporaciones; de la maciza Elisea casi veíase la nuca: tan agachada se desvencijaba hacia el medio de sus rodillas apartadas; Goya, reclinada en el muro, abría tamaña boca; los demás luchaban con coraje, haciendo de cuando en cuando resonar las cuentas de sus rosarios colgantes de los muñecas, y la negra oraba siempre con menudo chisporroteo de labios habituados al rezo.

Traté de eliminarme en lo oscuro para no pelear más contra el sueño todopoderoso, cuando un fláccido acompañamiento de pies descalzos me obligó a mirar hacia la puerta.

Las brasas del fogón anochecían bajo la ceniza.

¡Un escuerzo!

Casi hablé fuerte; pero reprimí la exclamación sorprendido por los ojos pasmados de Ufrasia, que me hacía señas de callar. Por no sé qué extraña coincidencia, también los demás despertaron, y abismados por una común adivinación de algo extraordinario, permanecimos inmóviles.

La inmunda bestia viscosa, de panza purulenta y lomo intensamente coloreado en redondeles violetas y vetas verdinegras, detúvose perpleja como esperando el mandato. Tuve una sensación de congoja, previendo cosas sobrenaturales. Avanzó el escuerzo con brusca resolución: saltó cuatro o cinco veces con vigorosos distendimientos de sus patas traseras, en línea recta hacia la mesa sagrada.

«¡Un milagro!», previó la voz ronca de la negra Ufrasia, y como acicateado por aquella reflexión, el infecto batracio fue, en un salto más largo y pesado, a dar con todo el cuerpo contra una de las patas de la mesa que sostenía la inmóvil imagen del Niño Dios.

Prorrumpimos en conjunta exclamación de terror; creíamos presenciar, en reducidas representaciones, una escena bíblica. La mesa tambaleó al golpe; una de las velas emplazadas en la orilla titubeó, pareció sostenerse como una pequeña y ardiente torre de Pisa, y finalizó por caer, chorreando su hirviente sebo, justo en la cabeza y el lomo del infernal escuerzo que, herido y ciego por la ardiente ebullición de la grasa, rompió a saltar en derrota hasta el fogón dormido. Allí concluyó todo: las brasas se desnudaron cuantiosas e ígneas, cayó la bestia confundiéndose en pasajera nube de ceniza, chirrió la grasa, sonó la panza, hinchada de furia con estampido de cohete, y un largo silbido maligno subrayó la muerte de la innoble encarnación diabólica.

En lejano rumor, llegó del pueblo una ascensión de campanas. ¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Cristo nació para la redención del mundo!

En el medio del fogón, de un bulto negruzco surgía carbonizada una pata, de donde, plácida, se desprendía una llama inverosímilmente azul.

Extraña transfiguración nos poseía, y entonces, confiado en la exhortación de mis ruegos, formulé deseos ante aquel Niño de cera, capaz de hacer milagros:

«Acuérdate de la calamidad que agosta a la tierra. Sólo el hombre salva, porque el don de lucha aguzó su inteligencia de bestia superior y así supo, por tus obras, cavar pozos para siempre tener agua, plantar sus alimentos y regarlos, cebar los irracionales domésticos, para vivir de sus carnes..., pero lo demás carece de tal fortuna; para el campo, los árboles, las aves, las flores, todo lo imposible de mantener artificialmente, la seca simboliza muerte. Sea, pues, para ellos, tu piedad.»

Continuaba allá en lontananza la ascensión de las campanas; la pequeña imagen del Niño milagroso, caldeada por la proximidad de las velas y el aliento de los animales en adoración (propios para mitigar el frío invernal de las Navidades del Hemisferio Norte) comenzó a derretirse.

Nadie, empero, se atrevió a intervenir, y la cera, cayendo en estalactitas por la orilla de la mísera mesa de pino, hacía en el suelo como grandes y extrañas flores muy blancas.

POLITIQUERIA

Los situacionistas daban gran fiesta: carne con cuero, taba y beberaje a discreción, visto la proximidad de las elecciones. En cambio, los opositores carecían de tal derecho, y, con pretexto de evitar jugadas prohibidas por la ley, las autoridades obstaculizaban todo propósito de reunión.

En un boliche, a orillas del pueblo, juntáronse desde las 11:00 a. m. los apurados en retobar el buche. Los principales dijeron algunas palabras hostiles contra la canalla opositora; cantó un payador versos laudativos para el «cabeza del partido»; jugóse a la taba para mal de muchos, y se bebió, a perder aliento, en los gruesos vasos turbios, salpicados de burbujas cuya efervescencia detuviérase en el enfriamiento del vidrio.

Con la luz diurna fuese la alegría ingenua. Ya habían cruzado, como tajeantes relámpagos de bravuconería, algunos conatos de riña entre la gente mala, pero todo hasta entonces fue sólo pasajera alarma.

¿Cómo podía seguir así la calma? Estaba Atanasio Sosa, cargado de dos muertes y muchos hechos de sangre; Camilo Cano, mal pegador temido por la crueldad, visible en sus pupilas sin mirada; Encarnación Romero, estrepitoso de provocaciones, y sobre todo, Reginaldo

Britos, el bravo negro Britos, siempre dispuesto a pelear, inútil de bebida pero involteable, resistente a las puñaladas como una bolsa al calador.

¿El negro Britos?... Ni preguntarse qué sortilegio podía mantenerlo en pie, malgrado el centenar de mortales cicatrices que hacían de su pellejo un entrevero de surcos claros e irregulares, Contra él se ensayaban los novicios, contando con la inseguridad de sus arremetidas, pesadas de ebriedad tambaleante, que le convertían en blanco seguro.

¡Pobre negro Britos! Ya estaba ebrio, y no salvaría de alguna funesta reyerta.

Hablábale yo, para distraerlo, de caballos, arreos, trenzados o pagos lejanos, y él me escuchaba con visible esfuerzo en sus cejas, caídas hacia el rincón exterior de sus ojos, como dolorosos subrayados de su frente ceñida por el lauro de un gran tajo.

De cuando en vez comentaba con jocosa irrupción mis decires, mientras parecía abstraerse en previsiones de un hecho venidero.

A nuestra espalda, remolineó la gente y alzáronse las voces. Atanasio Sosa, hinchadas las narices de una repentina furia inexplicada, parecía contestar a una agresión que en realidad no existía.

—¡Me van a asustar negros grandotes porque se dicen duros donde encuentran blanduras!

Columbré la alusión. Parado muy cerca, en la rueda abierta en torno al malevo, vi a mi peón Segundo Sombra, mirando con ojos que fingían sorpresa. Él era, sin duda alguna, el desafiado, y me apresuré, olvidado de Britos, a intervenir impidiendo un cercano desenlace.

—A palos se soban las guascas duras... —decía Sosa.

Don Segundo era hombre tranquilo; haciéndose el desentendido, asentía fingiendo admiración:

–¡A la pucha!... Yo siempre dije que usté era hombre malo... Pero seré curioso: ¿usté maniará la gente primero?

Los que se atrevieron a reír lo hicieron a pasto. Sosa, en el fondo temeroso ante don Segundo, agregaba:

–¡No!..., si yo sé por quién lo digo.

¿Cómo fue? No sé decirlo; pero Sosa y Britos se encontraban de pie, cara a cara, mirándose a voltearse.

Sosa sacó un revólver. Britos resbaló un pequeño cuchillo de su vaina; el vacío se hizo a su alrededor por miedo a las balas, y –¡oh, triste idea de borracho!– Britos tomó del respaldo una silla, apuntando las cuatro patas hacia su enemigo, pretendiendo escudarse con la esterilla mientras avanzaba buscando un cuerpo a cuerpo.

Y se consumó, en unos minutos de asombrada inmovilidad general, la inmunda cobardía.

Sosa le enterraba sus plomos en el vientre. Britos avanzaba en zigzag, parado en seco a cada choque de los proyectiles, pero sin caer, chapaleando en su sangre chorreante hasta la extinción de su vigor, quedando atravesado sobre su silla, caída de pie por milagro, como una res carneada.

Hubo alboroto; vinieron las autoridades, y un médico que revisó al caído, tras prolijo examen, dijo:

–¡Éste se muere!

Britos abrió los ojos, sonrió, y la pronunciación entorpecida de alcohol y agonía respondió con lento enojo:

–¡Diez a uno que no!

Pero no hubo más: dada la gravedad de cada boquete que le perforaba el cuerpo, dijéronle moribundo, y se moriría.

Entonces las autoridades se miraron con un mismo pensamiento: «Si éste desaparecía sin remedio, habría que

salvar al otro haciendo recaer en el proceso todas las culpas sobre Britos.»

Así fue; pero –¡oh, inverosímil brujería!– Britos no quería morir y no murió, de modo que al encontrarse a plomo sobre sus piernas todavía débiles, fue a pagar con dos años de cárcel los balazos que Sosa le pegara.

Nunca olvidé esta infamia, a la cual había asistido para mayor crecimiento del odio que profesé siempre por los caudillejos rufianescos de nuestros logreros métodos políticos.

Pasaron los dos años sin paliar mi enojo, ni mi piedad por Britos; cuando una tarde, saliendo del pueblo en dirección a la estancia, mientras cruzaba frente al boliche de Las Palomas, vi a un ebrio, facón en mano, haciendo chispear las baldosas a grandes rayones.

–No hay bala que le dentre al negro Britos, ni cuchillo que le alcance al alma.

Nadie respondía del interior a los desafíos. Britos, recién librado de la cárcel, seguía rayando las baldosas, convidando a todos para la pelea.

¡Dios te ayude, hermano!

TELESFORO ALTAMIRA

Telésforo Altamira era un atorrante soneto en su clásica perfección.

Tenía un poco el físico de Corbière, pero el genio se le había muerto de hambre en la cabeza piojosa. Yo lo vi hace poco, remontando la calle Corrientes a eso de las 12:30 p. m., entre la turba burguesa largada por cinematógrafos y teatros. Telésforo caminaba cómodo entre los empujones y codazos, porque su mugre hacía en derredor un vacío de respeto. La mugre es una aureola.

Telésforo se detuvo para que bajara de su lujoso automóvil una familia gruesa, puro charol, raso, pechera, escote y joyas; y vio la desaparecer en el zaguán iluminado sin mudar de expresión, es decir: con la boca blanda ligeramente aflojada en o sobre las desdentadas encías. No hay que creer que pensaba; mucho ha curó de esa desgracia, y sólo miraba con ineficacia de idiota, sonriendo a la luz, a los trajes vistosos, a las caras rechonchas. No recordaba tampoco su vida ni su pasado. ¿Qué edad tenía Telésforo? Telésforo tenía sesenta años en treinta, pero su estupidez actual lo simplificaba al rango de recién nacido.

¿Telésforo recordó que tuvo casa? No, señor. ¿Telésforo echó de menos su antigua holgura? Tampoco, señor.

¿Telésforo arguyó que el dinero amontonado en algunas manos sale de otras? Absolutamente, señor.

Telésforo sólo mantuvo con atento esfuerzo el vacío de su yo entre los labios, como si fuese una moneda, y ni la sombra de una idea titiló en su cerebro muerto de injusticia.

Sin embargo, hubiera podido, en estado más lúcido, pensar en muchas cosas frente a aquel coche parado frente al zaguán.

Telésforo Altamira había tenido un pasar que perdió por extremar su tendencia a leer Shakespeare, Platón, Cervantes y Dante, que no sirven para nada. Después casó con aquella preciosa Elvira, que él llamaba su querida hipoteca, y a quien hizo tres hijos antes de que su amigo Lucio le hiciera el cuarto. Después bebió. Después se hizo borracho. Después perdió la dignidad, como dicen los carteles antialcohólicos, en las salas policiales que conoció a consecuencia de aquel tajo inhábilmente asestado al lado de la carótida de su amigo Lucio. Después intimó con la cárcel, y por último, con el vagar derrumbado del atorrante, que ya no necesita alcohol porque posee su incurable idiotez.

Pero estoy hablando de un cadáver. Telésforo Altamira murió aquella célebre noche de la nevada en Buenos Aires, y ¿saben ustedes dónde? En los umbrales de la casa en que entró nuestra conocida familia gruesa.

La digna señora se afectó mucho por aquel extraño suceso: un hombre que se acuesta sano en un zaguán y se despierta muerto. Por mi parte, habiendo sido condiscípulo de Altamira en el colegio del Salvador, el hecho me causó una lacrimosa tristeza, tal vez por hermandad. Pero un amigo mío, muy docto en psicología, dice que no

vale la pena, y que toda la historia de Telésforo Altamira no se debe sino a su falta de voluntad, siendo por lo tanto él solo el culpable de su tragedia sin interés.

Amén.

COLEGIO

Edificio bajo, cuya puerta traga alumnos a las ocho de la mañana.

En el interior, tres patios consecutivos, idénticamente encerrados por aulas oscuras.

En el fondo, especie de jardín longitudinalmente acostado, y cuya espina dorsal es una parra descortezada por los juegos.

Cada hora, diez minutos de recreo violento. Chicos y grandes se llevan por delante. Las peleas son pan nuestro demasiado breve, por intervención del celador. Algo como un remolino que espiralea fugazmente, para descentralizarse en desbande ruidoso de comentarios.

Los menores tienen siete años, los mayores veinticuatro hasta veintiséis, y hacen grupo desdeñoso, aparte del jugar infantil. Conversan de mujeres, son ceñudos, provincianos en su mayor parte, y se respeta su tranquilidad como la de un barril de pólvora.

Recuerdo dos tipos.

El primero, Monsalvo —un gesto: pialar con una soguita a los muchachos que salían de clase «puerta ajuera», decía.

Caímos todos, y pagó sus travesuras con incontables protuberancias en la cara, que no lo corregían de lo que él llamaba «su vicio».

El segundo, Pancho. Indio sin retoque, de mirar lodeado, lampiño, huraño, cuya cabeza era mata de paja brava bañada en «bleke». Era empacadizo a la menor broma, vengativo, pero cobarde en la pelea, tal vez porque no la concibiera sino a cuchillo. Los coscorrones se mellaban contra su cráneo pétreo.

Se celebrizó cuando, por decreto gubernativo, una media docena de practicantes vinieron a vacunar la muchachada.

Pancho fue inencontrable; dormitorios, pizarrones, altillos, letrinas, le sirvieron para esconderse con maestría de «alzao».

Arrinconado un día en la clase, se espaldó entre un rincón, agachando la testa erizada de cerda.

El director, queriendo emplear medios de convicción, se dirigió a mí:

—Muéstrele, Lara, para que vea Pancho que no tiene esa importancia.

Me saqué el saco y, arremangando la camisa, puse bajo los ojos de Pancho la reciente marca:

—No ves, maula, que no es nada.

Respondióme, con un reproche despreciativo:

—A vos también te han señalao.

La ofensa era suficiente, e iba a poner en acción mi puño, que ya conocía el camino.

—Estése usted quieto, Lara —ordenó el director. Y luego, con voz más suave—: Si Pancho va a venir, va a comprender que no es nada, que no es nada más que agujerearle un poco el cuero.

Pancho mirolo curvo, como siguiendo la línea de sus pestañas.

—Es que a mí no me va a agujerear el cuero el que quiera, sino el que pueda.

Buenos Aires, mayo de 1913.

CUENTO AL CASO

Hace tiempo ya, un vecino de mis buenos y queridos pagos trajo de provincias a Regino Sosa, que luego todos conocíamos en la región como gaucho neto y derecho.

Don Regino, que fue en sus tierras natales resero y capataz de hacienda, concluyó dedicándose al primoroso oficio de trenzar tientos y echar botones o bombas.

En su casa mestiza de rancho, anfibiamente colocada entre campo y pueblo, pasaba sus días maceteando guascas o lonjeando cueros para sus obras, largamente preparadas en prolijos exordios. Le acompañaban dos cuzcos de pelambre bayo y nariz tostada, como los pancitos con grasa, y un hijo mal venido al mundo, con su par de piernas estrafalariamente zambas.

Las piernas de Regino chico eran, en efecto, todo un caso; no presentaban, por cierto, la incomprensible anomalía de «chuequiar p'ajuera», vicio nunca visto en la población gaucha, pero la curva de sus extremidades inferiores aparecía tan violenta que se les hubiera dicho amoldadas en el lomo de un barril como los sunchos, haciendo esto que las puntas de sus alpargatas se miraran de muy cerca con recíproca desconfianza.

A esa degeneración física correspondía otra moral. Reginito adoraba las cosas frágiles y hermosas para des-

pués convertirse en furioso iconoclasta de sus propios ídolos, y pregustaba en sus contemplaciones el futuro estupro de sus ideales. Su manía aguda fueron las botas, desde aquel día en que vio un luciente par tan violentamente derechas en la vidriera de la zapatería pueblera.

A la mañana, a mediodía, a la tarde, a la noche, oíase clamar por lo bajo el monótono requerimiento del muchacho:

—Tata, tata..., hágame pueh'un par de botas.

El viejo ya acostumbrado, se encogía de hombros, respondiendo sin sacar la vista de su trabajo:

—¿Y pa qué las querís si lah'enchuequís?

Sucedió que habiendo don Regino usado su correspondiente tramo de vida, encontrósele un día volcado entre un monton de lonjas, como si su cuero esperara sufrir allí la misma transformación. El hijo se encontró de pronto solo, y sufrió la desorientación de los perritos bayos que no tenían a quién obedecer. El olvido vino, empero, para Reginito al encontrar escondido, en una coronilla, el flamante par de botas que el padre no alcanzara a usar. A Reginito se le estiró la jeta en una sensual sonrisa, y entró en posesión de aquellas prendas vírgenes, gozándose en los crujidos del cuero torturado por las brutales patazas de innoble osatura.

Mucho sufrió Reginito para quebrar la nobleza de la horma, pero no escatimó vejaciones a su ídolo, hundiéndolo en los peores barrizales de los chiqueros, hasta conseguir su esclavitud completa.

Hoy se cumple el decir del viejo: no sólo las botas se han «enchuequido» llenándose de innobles verrugones y gibas, sino que las gallardas espuelas, en lugar de ritmar con sus rodajas un altivo paso de metal, van arrastrándose miserablemente, rayando el suelo de arañones desgreñados como crenchas de india vieja.

Pero Reginito goza. Cuando sus torpes trabajos le dan descanso, vuélvese a la cocina, donde, sentado en un rincón oscuro, se absorbe babosamente en la adoración de sus «pieses» calzados a gusto. Y le sacude un paroxismo cuando su pesada comprensión comprueba que los «chiches» codiciados por su belleza están quebrados al molde de su repugnante deformidad.

Hay en nuestra historia un hombre de retorcidas intenciones, que codició las prendas gubernamentales y llegó a poseerlas.

Llévalas ahora puestas como Reginito las botas; y la Constitución, a ejemplo de las espuelas, va envileciéndose tras el desgarbado andar de sus pies rastreros.

Hay que decirse que la antigua belleza de aquellos atributos ha muerto, y es necesario comprender que ante la imposibilidad de limpiar lo definitivamente mancillado, hay que crear una belleza nueva.

La Porteña, abril de 1918.

FABIAN TOLOSA

Fabián Tolosa se ha ido.

¿Por qué?

Hace cinco años tuvo un pleito corto. Lo habían golpeado.

Por segunda vez lo atacaron de atrás, con una horquilla. Se dio vuelta, cuchillo en mano, y estaban tan cerca que la hoja llamó al retirarse, un derrumbe de grasa y tripas.

Era sincero, después, al defenderse. Lo habían buscado cuando él nada quería de peleas; ni bebía, ni usaba siquiera un vocabulario imprudente.

Mala suerte en verdad.

Me empeñé en sacarlo de la cárcel. Gran trabajo fue conseguirlo; los amigos se amparaban en el deber.

Ahora poco, Fabián ha renovado su desgracia: cosa de mujeres. Había encontrado un hombre donde uno no debe encontrarlo. La mujer no sería suya, pero era en su casa.

No los mató por poco.

Sangre, hospital, prisión. Una mala historia. Fabián se quedaba como anonadado ante su destino; él que ni bebía, ni gustaba pelear, ni usaba siquiera un vocabulario imprudente.

Movía a compasión su desesperanza. Pudímos probar el atropello y la provocación del muerto, al par que la honestidad y valía del preso.

Ayer me dijo:

—Me están dentrando ganas de dirme, patrón.

—¿Por qué? Nadie te reprocha tu mala suerte.

—Es la segunda, patrón; y no se dirá que Tolosa lo va a comprometer la tercera.

Se ha ido. La mujer, que sanó en el hospital, también.

¿Qué significa todo esto?

¿Tolosa —me pregunto— era un inocente forzado por los hechos, o dejaba en la ocasión, que se le alargara la mano?

Me puedo cansar preguntándomelo.

Lo cierto es que deja dos guachos.

Pienso criarlos.

Cuando sean grandes, inquietados por gente malévola, querrán tal vez saber si su padre era un desgraciado o un asesino.

Y tendré que explicarles, de modo que en ellos no queden dudas, lo que yo mismo no sé.

Tenía una cara apacible, hablaba muy poco y era fuerte como un alambre en el trabajo.

La Porteña, mayo de 1924.

LOS CUCOS

Los padres han salido. El niño, bajo la custodia de una sirvienta, juega. Hace castillos con cubos de madera, y mientras crecen éstos, su imaginación lo llena de un mundo pueril y encantador.

En otra pieza, lee su breviario la tía vieja.

Ya la vida no puede ser para esa virgen seca, cuyos cincuenta años de soltería embican cada vez más en el fanatismo religioso.

Su vida ha sido un agujero y espera luz en la muerte.

Hoy medita sobre las malignidades del demonio; sobre los peligros a venir, contra los cuales debe estarse en continuo alerta.

De pronto, un ruido la sobresalta. En el cuarto del chico los castillos se han desmoronado. Los pasos de la criatura se derrumban por la escalera, y al rato el mismo Ambrosito cae en sus brazos con gritos de terror.

—¡Tía, tía..., hay un cuco arriba..., un cuco!

Ella se enoja. ¿Qué broma es ésa? Luego se asusta. ¡Puede un hombre haber entrado! —pero en ese momento la sirvienta viene riendo, cubierta de un chal negro y las manos sucias de carbón.

—Soy yo, señora, que quise dar una broma al nene y no creía asustarlo tan feo.

La tía vieja sermonea a la muchacha, pues le ha caído mal la interrupción en sus pensares santos.

Más tranquila por la exteriorización de su enojo, vuelve a tomar su pequeño libro, abre en la página dejada y el tema de hoy retorna a ocupar sus temores. Antes de caer más adelante en sus meditaciones echa a los importunos interruptores.

—¡Ya sabés, María, no quiero más bromas de ésas..., y tú, Ambrosito, no seas sonso, a tu edad ya no se cree en cucos!

Notas y apuntes

PALABRAS

Palabras: Diome un tiempo por hojear abundantes tomos de filosofía, porque quise saber de la vida lo que otros sabían, **Words, words, words,...**; malabarismos, murciélagos de cráneos oscuros.

Una noche, muy cerca de mi boca, dijiste: «Te quiero», y desde entonces adoro las palabras que expresan un sentir.

Aconcagua: ¡Cómo estás de dormido bajo el poncho de tu silencio enorme!

Sol: Eterno parroquiano del día; viajero uniforme en la monotonía de los días periódicos.

Nueces: Pequeños cerebros.

Tarde: Fuga de luz que en su huida arrastra crespones de sombra a ras de tierra.

Gloria: No apretarás mi frente con laureles de victoria. Alma, muda para tu verdad, que balbuceas escorias de tus amores y tus odios.

Noche: El monte se turba. Traición lenta, celosa del color y de la forma. Profetisa de muerte que acalla el vivir.

Poesía: Amplia canción de cuna... y mi pluma que va a la deriva del sentimiento.

Mar: Siempre estás ahí echándonos en cara lo breve de nuestro vivir.

Pureza: Eres pura, ¡oh, sí!, pura como el frío que flota sobre las escarchas matinales.

Invocación: ¡Oh faunos, silvanos, ninfas y dríadas, amaneced a la vida del poeta!

El mono: Es un hombre que, habiendo agotado los privilegios intelectuales, consideró más hermoso, útil y natural volver al estado salvaje.

¡Oh!: Una irlandesa con ojos de pescado.

Deseo: Quererte en tus significados más femeninos.

Ternura: Amo con amor de impúber el otoño de tus pecas.

No me gusta ir de espaldas en el tren. De espaldas se ve lo que se va, de frente lo que viene.

Después de la lluvia, la naturaleza enternecida por el bien-hecho tiene los ojos llenos de lágrimas.

Una estrella madrugadora sale a recorrer el campo.

NOTAS PARA UN LIBRO MALLORQUÍN

Per Andreu

Per Andreu vive cerca de casa. Es un hombre grande y muy fuerte, tan fuerte que su amistad parece un favor.

No es ni más trabajador ni más haragán que los demás habitantes de Mallorca, pero es más servicial, y como somos amigos suele ocuparse de algunas miserias mías, entre ellas la de cargar mi lámpara de carburo que ya nunca acierto a poner en estado de uso.

Un día de la semana pasada llegué algo tarde y me apuraba por entrar en posesión de mi correspondiente fracción luminosa cuando encontré a Per Andreu que, habiendo cargado mi bienhadado aparato, venía con él hacia casa.

Cuando estuvimos a unos diez metros, mi servicial amigo me reconoció y se detuvo.

Per Andreu, que no es más trabajador ni más haragán que los demás habitantes de Mallorca, colocó sus manos como un paréntesis a ambos lados de su boca, y me gritó como en pleamar:

—Si viene usted hasta aquí, yo no voy hasta allá.

Jaime Enseñat

He tomado una barca: mis pies en el agua. Este año es pequeña. Tomar una barca es ascender a la dignidad de patrón aunque uno continúe llamando así por deferencia al que sólo es marinero en su propio barco. El que alquila la barca lleva la barra y preleva su parte en la pesca.

Soy, pues, patrón de un pequeño falucho y tengo a mis órdenes un viejo de sesenta años, bondadoso, fuerte como un muchacho y alegre.

Patrón Enseñat es un tipo poco común en el puerto. Desde muchacho ha dejado la isla para emprender una serie de viajes por el Mediterráneo, y su orgullo es haber, durante doce años, navegado en el Golfo de León.

Así ha aprendido la obediencia, y contrariamente a sus colegas, que todos gustan ser patrones efectivos en sus barcos, prefiere refugiarse en el irresponsable rol de marinero.

Desde el primer día en que subí a su barca, me significó claramente:

—Ahora usted es patrón. Usted manda. Yo soy marinero.

Presumí todo su carácter, todo lo que de él había hecho la costumbre y día a día verifico la certeza de aquella presunción.

Nunca me ha dicho que por causa de peligro le deje el manejo de la embarcación, que conoce como su mano.

Nunca me ha preguntado si prefiero echarme a proa o si quiero liar y encender un cigarrillo al amparo de un

viento. Cada vez que salimos, izadas las velas y comenzado el camino a perderse a nuestra espalda, interroga:

—¿Va bien el gobierno?

Entrando en la rutina, que me parece tan necesaria, respondo:

—Orza un poco.

Sin arredrarse por la inutilidad de las repeticiones, concluye:

—Así debe ser. La barca ha de ganar el lado del viento.

Sus opiniones han quedado expresadas y puede contarme episodios de su vida, detalles de un viaje en un falucho cargado de naranjas o cosas de los otros del puerto, detalles de algunas familias, sus parentescos...

Parece que en el intervalo de las simplísimas maniobras quisiera distraerme.

Cuando forzados por viento de proa tenemos que tirar un «bordo», apelo a su saber para virar a tiempo:

—¿Viraremos?

Indefectiblemente, oigo:

—Cuando usted mande.

No es precisamente lo más práctico que yo mande, pero nada podría decir contra esta inocente manía de la obediencia, sin criticar su actitud pasiva. Viro, pues, cuando me parece, y si al tomar el viento me veo obligado a derivar más que lo deseable, comento como para mí:

—Tiraremos otro «bordo», más pequeño, cerca de la costa.

Como un eco:

—Tiraremos un «bordo» más pequeño.

Después me cuenta que tiene una hija casada en América.

Primero vivió en La Plata, ahora está en una ciudad del Uruguay. Hace unos días que ha recibido una carta y un retrato con un nieto que parece fuerte y sano. Gastan

muchas pesetas diarias de mercado. Para eso hay que ganar mucho.

El viejo ríe. De pequeño también quiso irse a América... Pero la familia... la familia...

Después de almorzar suele venir a tomar el café conmigo, bajo la enramada de pinos de mi casa. Y es la misma charla simple, entre la cual veo su sencillez como se ven las nasas en el fondo de la bahía los días de calma. Su bondad tranquila es buena de ver.

Tormenta

A las siete me ha despertado una impresión repentina de ahogo y algo como la percepción de un sonido más grande que el sonido: golpe de mistral.

El aire se ha comprimido en los aposentos, y los muros de débil marés podrían desparramarse en arena.

El aire pasa con velocidad sobre las cosas, deprimiendo el agua que escapa en ondas, torciendo las ramas de los árboles que farfullan una queja continua, confusa, volteando lo que resiste sin seguridad. Como en el campo los animales dan el anca a la lluvia, en la bahía las embarcaciones apuntan su proa al viento.

Y se piensa en los que el temporal ha tomado fuera.

Los pescadores, pequeños y grises en la tormenta, corren por el muelle, como barridos por las rachas, a afirmar los cabos de sus barcos y guarecer en la escotilla todo cuanto por liviandad pudiera sufrir el antojo de volar.

En cada barca uno o más hombres se atarean.

He salido para oír silbar mis orejas con pretensión de boca y sentir mi ropa presa de singulares contorsiones. El

pecho se acuesta contra las rachas que al pasar dejan un vacío en el que caigo con pasos precipitados.

Tito dice que la bahía parece pasto.

Una vela ha volcado, y el hombre, de pie, tiene que luchar para que no escape su embarcación tumbada, hasta que lo ayudan con un cable.

De entre las montañas salen chiflones que descrestan las ondas en polvo.

Por sobre el muelle pasan fibras de agua como chupadas del otro lado. Si una mujer pasa, su vestido se anula.

De pronto, sobre las montañas de Alcudia, se forma la «manguera».

En las nubes color de plomo, sobre la Atalaya de Alcudia, ha nacido, como un grano, un cono cuya punta, esforzándose, logra estirarse hacia abajo.

Alguien la ha anunciado, y de pronto las mujeres en las puertas de sus casas, los hombres con las manos en los bolsillos, olvidados del viento, miran con la boca abierta aquella teta que le ha salido al cielo. Parece que quisiéramos escuchar el ruido del torbellino.

¿Llegará aquello a unir el mar a la nube?

La punta del cono baja horadándose camino como un tornillo. Ya una evaporación de agua responde al llamado. Y, primero débil, luego reforzada, la columna se destaca precisa, como la estalactita unida a su estalagmita en la gruta honda. La parte alta sale en oscuro sobre la nube, hacia el medio; por contraste con la montaña, vuélvese pálida; un terror que vertiginosamente gira; sobre el agua es casi el fondo cristalino de un vaso erizado.

Pero, de pronto, la manguera llega a la costa, toca la piedra ruda de la montaña, y la parte baja cae como

vidrio roto mientras la alta se encoge como una antena lastimada por contacto áspero.

Y ya satisfechos dejamos que la tormenta se las arregle, para volver cada uno a la rutina del día, componer redes, hacer nasas, cocinar cocas en sus moldes, pintar o escribir estas inofensivas notas.

Marianne

Veintidós años grandes, muy grandes. El pelo, un alboroto de fibras de oro cobrizo. Y una risa con claros grandes, ¡ah!, distanciados.

Y es linda de mirar: unos ojos sesgados, azules y un poco borrosos como las brumas que insinúan nostalgias inexplicables; una nariz fina; una ligera sequedad de aire polar y una pereza en las coyunturas, como si fueran de ala. También, ¿por qué es tan grande? Pero lleva con tanta donosura su tamaño sobre las piernas largas, que uno no sabría por dónde achicarla.

Jan Willumzen, que goza la prebenda de ser su marido, pinta con tesón de ola. Jan pinta demasiado, y Marianne, que ha venido al mundo para vivir alegremente todas sus horas, se siente tan sola en esta Mallorca de luz inconsiderada, que ha empezado a acariciar con su mano ejemplar, rosada y tubular, un principio de neurastenia.

Jan nos cuenta:

—Cuando yo pinta, Marianne duele el muela.

—Verdad —concluye Marianne—: **cuando yo baña, cuando yo sale, no duele más. Es un muela neurastenia.**

El español de Marianne es gracioso sin esfuerzo. En un año ha aprendido un prodigioso número de palabras que acopla sin dificultad, visto lo cómodo de cambiar tiempos de verbo, agregar conjunciones y alterar concordancias.

No hay gruesas erres ni acentos guturales. Las palabras resbalan sin prisa por sus labios.

Hace un mes la conocimos y le dijimos que viniera a casa a la primera intentona de dolor de muelas.

Desde entonces ha venido diariamente.

En el puntual momento de tomar los últimos tragos de café, su voz anuncia la entrada de su juventud risueña.

Salimos a pintar. Marianne camina con una alegría que no se apura, llevando bajo el brazo una cajita con cuatro pastillas de color y un cartón, mientras apretados por su mano se erizan cinco pincelitos de crin corta y dura.

—Hoy yo también pinta un cuadrón.

Y hace pequeños cuadros con tintes de azulejos, en que hay almendros de ramazón juguetona, trozos de terreno rojizo y matas de pasto muy verde.

De vuelta a casa todo eso se olvida en una charla contenta. Se habla del calor de Mallorca, de la cachaza de sus habitantes, del idioma...

—En Dinamarca —dice Marianne— **la luna es cuadrado.**

Por ver su enojo le he discutido sus autores rusos.

—Todo eso es literatura patológica.

—¿Qué? —interroga con una seria atención en las cejas.

Con un largo rodeo me explico, atacando siempre de firme.

—Dice cosa muy humana —interrumpe. Pero aprovechando la superioridad que me otorga el idioma, sigo cargando con aumento de razones o parodojas.

Marianne me mira con seriedad, y sintiéndose incapaz de sostener en castellano la discusión, concluye como reprochándome mi poca condescendencia para con sus predilecciones literarias:

—Vos, cochino, mentecato, bruto.

Y, aliviada, echa a reír a todo trapo, con los labios bien estirados y los ojos angostos y largos.

—Marianne, usted me insulta.

—Sí.

Para Marianne

Ello habla siempre suequés

Vamos a partir después de abrazos y apretones de mano. De golpe, Marianne esconde su emoción entre sus dedos, nos da la espalda, quiere irse, pero vuelve para decirnos adiós con la mano. Y vemos que llora. Sus facciones están borrosas de dolor, sus hombros se han hecho más flacos y más cercanos, está menos bonita pero más intensa. Pequeña cosa. Ternura.

Ya estamos lejos. Una curva del camino nos aparta, brutalmente. Los ojos no nos podrán decir algo de Marianne sino cerrándose para mirar en nuestro afecto. ¿Será más pequeña así o más grande?

OTRAS NOTAS

Proyecto de prólogo

Si dijera: «Señoras y señores» o «Respetable público» me parecería de pronto haberlos proyectado a gran distancia, como quien mira por el revés de sus gemelos.

Al tratarlos con ceremonia, sufriría de inmediato una angustia de soledad, preguntándome por qué la costumbre de lo establecido ha de interponer barreras de separación, donde se intenta por lo contrario, un acercamiento.

Dicho esto, perdónenme que eche pie a tierra del gran caballo fantasma de las fraseologías habituales y les hable con palabras más cercanas.

Necesitamos de ustedes porque toda obra es trunca cuando queda excluida de los sentimientos del espectador. Para ser algo vivo, todo esfuerzo de arte necesita caer en un terreno ya labrado por la simpatía. Simpatía es el gesto de hospitalidad que la belleza pide a las almas para poder lograr en ellas su nacimiento.

¿Cómo hemos de pedirlo nosotros sin falso orgullo, cuando sentimos tan vacías nuestras manos, que sólo podemos extenderlas para mostrar una intención?

Ante esta confesión y este pedido, creemos que ninguno de ustedes vacilaría en tendernos la mano. Veamos si puedo indicar cómo hacerlo:

El hombre podrá hablar a un niño de experiencia, pero nadie se animaría a hablarle de ensueño. Él sabe más porque la vida no lo ha tratado con realidades.

En el lecho pequeño su cuerpo se extiende saturado de reposo. La madre le ha dejado sobre la frente una presencia de su cariño.

No hay ya curiosidad en los ojos infantiles.

Los párpados caen y el castillo de la imaginación queda apartado del mundo.

En la pequeña frente tranquila la caricia materna subsiste como un leve calor. El calor se hace color. El color va ascendiendo hasta ser luz. La luz tiende hacia adelante, como un faro, su proyección mágica. Y allí, en el marco creado, empieza la fantasía infantil a crear con su deseo, un sutil caleidoscopio de sueños encantados. El recuerdo, el afecto, los anhelos, concretan sus visiones en imágenes: Ésta es la maestría del ensueño.

Quisiera poder crear en ustedes un estado análogo. Que por un momento olvidaran toda inquietud, para pertenecer ingenuamente al espectáculo simple. La cortina va a alzarse: ante ustedes aparecerá un cuadrado de luz en el cual paisajes, música y personajes iniciarán su vida imaginaria. Será como un teatro dormido que no puede vivir sin la ayuda de su cariño.

Por eso quisiera que estas palabras fueran como el gesto materno iniciador del ensueño, al cual ustedes se abandonan complacientemente.

¿Por qué no hago teatro?

Son muchas las cosas que no hacemos. ¿Por qué? Menos averigua Dios y perdona.

Preguntarme por qué no hago teatro es como preguntar a cualquiera por qué no hace las mil cosas que no figuran en sus habituales quehaceres. No hago teatro como no hago música, como no pinto, como no salgo en globo..., etc. Con todo, me es imposible asegurar que siga en tal abstinencia. Lo único cierto es que no he hecho teatro.

Si debiera dividir las actividades literarias en tres categorías —poesía, prosa y teatro— las pondría en el orden apuntado, dando prioridad a la poesía que sólo requiere para su belleza un pretexto, haciéndole seguir la prosa en que por lo general el sujeto y el arte de expresión se equilibran, y dejando para el último el teatro, en el que por razón de tiempo, debe achatarse la expresión para hacerla asimilable a la comprensión rápida y general.

El libro se lee, el teatro se oye. La excelencia de un verso o de un párrafo hace que volvamos a él y nos apropiemos de su belleza por cuanto aspecto nos sea posible. Oír decir un verso antes de conocerlo es oírlo apenas. ¿Qué no será de todo un espectáculo?

Los buenos vinos se paladean. Para paladear es necesario disponer de tiempo. Pausa es una palabra que encuentra el máximo de su significado en la apreciación de lo excelente. En todo tratamos de prolongar lo intenso. En el teatro los hechos vienen empujando. Acción es contraria a contemplación o atención mental.

En todo saboreo hay una semilla de éxtasis, que por supuesto se empaña y ensucia con cualquier realidad in-

terruptora. El teatro, hecho de entradas y salidas de personajes, es una continua interrupción.

Además, el teatro es algo que debemos ir a buscar. La literatura es algo que traemos a nosotros. En el teatro nos desindividualizamos para ser público. En la lectura somos libres y nos equivocamos sobre nuestras impresiones, que nadie influye en ellas. Ir al teatro es salirse de sí mismo. Leer un libro o más aún un poema, es entrar en nuestra mayor intimidad.

¿Me animaré? El teatro es una distracción, la lectura una intracción.

Desde que existe el cinematógrafo, la palabra vuelve más al libro, y recobra excelencia. La acción por su parte puede, más a gusto, tirar zapatetas al aire o a cualquier parte. El físico se libera de toda sugestión y expresión digna de palabra. Los letreros se rebajan a la más desvergonzada estupidez y cursilería, dejando a la acción una dignidad animal que se rescata de los letreros. Aquí la acción se ha liberado de la palabra que representa para ella algo como la censura de una persona mayor. La acción adquiere una infantilidad que la purifica. Toda imbecilidad se disculpa. Casi nos sentimos en primitivos tiempos en que todavía no se hablaba.

¡Pobres! ¿Qué pueden hacer sin palabras? ¡Que paveen hasta que se enllenen!

Y les tenemos cariño.

Notas sobre Martín Fierro y el gaucho

Habría ante todo que hacer el distingo entre gaucho y matrero. Muchos parecen confundir ambas cosas. La úni-

ca obra seria que pudiera dar lugar a esta confusión es el **Martín Fierro** de Hernández. Martín Fiearro ni empieza ni acaba su vida como matrero. Circunstancias desgraciadas lo obligan a serlo y esto es lo que el autor quiere demostrar, pues hay en la obra una acusación implícita para las autoridades de campaña. Fierro, salvo sus entreveros con la partida, no provoca sino el incidente del negro. El de la pulpería es aún una rebeldía contra la autoridad que le ha echado en la desgracia. El hombre que lo provoca en el boliche tiene sus «enredos con el señor comandante».

Pero no puede negarse que tiene su momento de semejanza con cualquier pendenciero.

Lo que es gaucho en **Martín Fierro** no es tal o cual pelea, sino el libro mismo en su índole íntima. La filosofía que constituye el fondo de sus razones así como su modo de hablar es lo que hace de **Martín Fierro** el más cumplido monumento gaucho.

De haber sido muerto por la partida, Martín Fierro hubiera caído en pleno pajonal pampa y no detrás del tapial de un patio.

El gaucho dentro de sus medios limitados es un tipo de hombre completo. Tiene sus principios morales y esto lo prueba diciendo como elogio entre los elogios: «es un gaucho de ley»; tiene su filosofía casi religiosa en que admite potencias superiores encarnadas por el «destino», la «suerte» y lo «que está escrito». Dios interviene en el mismo sentido que los conceptos anteriores, como fuerza incontrastable a la cual se somete. También admite una ley individual, especie de destino que lleva a cada hombre por su camino especial; «murió en su ley» dice del que ha muerto según parecía destinado a morir según su idiosincracia.

Tiene sus artes, ampliamente representadas por su platería de ensillar, típica en su forma y en sus motivos; por sus tejidos, sus chifles y otros trabajos en asta y hueso, por sus trenzados..., etcétera.

Tiene su prosa, en sus cuentos de fogón (magia por lo general) y sus relatos de fuente directa, sacados de su propia vida.

Tiene su poesía en sus relaciones jocosas que declama en fiestas como un juego de gracia e ingenio. Tiene sus pequeñas relaciones amorosas que intercala entre dos figuras de baile.

Tiene sus danzas, extraordinarias de donaire y lujuria.

Tiene su traje y sus adornos y sus lujos.

Y tiene algo que muy pocos tienen: un estilo para moverse que implica estética, educación y respeto de sus propias actitudes.

Si nuestra ciudad y nuestra tan sonada cultura hubiesen llegado a expresarse tan armónicamente tendríamos derecho de mirarlo desde arriba. Y entonces no lo haríamos porque ése es un gesto de **parvenus.**

Encuesta sobre el fracaso

La encuesta de ustedes, si no es útil (a lo mejor lo es), resulta por lo menos divertida. Yo me voy a preguntar cuál es mi grande o pequeño fracaso y me lo voy a preguntar por escrito, lo que no deja de tener cierta solemnidad. Puedo decir como todos solemos: «los cinco sentidos son cuatro: Este y Oeste». Y, a raíz de esto, con el

mismo tono: mi fracaso es el más chico y el pequeño debe ser otro. Por tal camino nada se arregla.

¿Qué es un fracaso? Fracaso es por ejemplo cobrar tres cuando exigíamos cincuenta... Fracaso es querer construir un soneto y hacer una décima. ¿Usted dice que sí? Yo digo que no. Poco importa que el burro toque la flauta por casualidad con tal que la toque bien.

¡Voy mal!

El fracaso que ustedes quisieran saber es el que me convierta en un señor simpáticamente ridículo. Antes voy a anotar un chiste de don Segundo.

DON SEGUNDO: Yo conozco, en el pueblo de Capilla, a un hombre ciego muy curioso. Usté le lleva cualquier caballo, él se enderieza de sobre el banquito que sabe estar sentao, lo palmea al mancarrón por el cogote, le hace refalar la mano por la paleta, le tantea el pelo por los costillares y en seguida ya dice: este animal es zaino, o este animal eh'overo clines blancas, o rabicano, o bayo...

UN OYENTE: ¡Caramba! ¿Pero se equivocará alguna vez?

DON SEGUNDO **(Con aire de refutar una duda que aminora a su héroe)**: ¡Cómo que se equivoca alguna vez!... ¡Se equivoca siempre!...

A propósito de Don Segundo Sombra

De toda obra concluida, queda siempre un saldo, más o menos importante, del cual nos desembarazamos en beneficio de la canasta incapaz, por cierto, de aprovechar retazos. Para nosotros esa escoria de nada sirve. Sobra

de una labor, sería recargo inútil de nuestro cajón de notas.

De **Don Segundo** sobran ponchadas de posibilidades. No son trastos de desecho. Ha sido **tan** corto el libro, para limitar en letras su savia, que lo por decir trasciende lo dicho de manera tal, que es más bien el libro quien resulta un pucho, un pucho chato, «como pucho'e baile» pisado ya por el público después de haber sido agotado por el autor.

Más de uno me ha indicado la posibilidad de la vuelta de don Segundo. Podría ser, pero a mí me parece que el gran paisano andariego es de los que, cuando se van, no vuelven.

Eso sí, don Segundo ha dejado en la memoria de Fabio Cáceres un sinnúmero de impresiones duraderas. Fabio Cáceres, que como se ve en el último capítulo de su relato ha iniciado un encontrón con las letras, puede ir diciendo pedacitos de lo que aprendió.

APUNTES

Hoy en día las nacionalidades se han acercado, las mentalidades locales tienden a comprenderse y hay modas, deportes, descubrimientos, que se universalizan, tirando a través del mundo un léxico especial.

¿No sería bueno que los **bull dogs** del idioma fueran los centinelas de estas migraciones e hicieran pasar por la aduana los vocablos que se nos cuelan de contrabando?

Por mi parte me incomoda esto de no poder jugar al polo, al balompié, al tennis o al bridge, sin cometer barbarismos. Puedo, es cierto, poner de lado todo deporte o juego de azar, pero cuando ya se trata de algún aparato que la vida moderna ha introducido en nuestra existencia cotidiana, el rechazo se hace imposible.

Si es cierto (muchos lo pretenden) que se piensa con palabras, yo me encuentro en el caso de tener que confesar que hago cosas que no pienso o por lo menos que hago cosas sin saber lo que son estas cosas. Cada vez que cambio de velocidad a un automóvil, no **sé** si desembrío, si desembrago, si debrío, si desembrallo o desembriago, lo que me contraría, porque me gusta siempre saber lo que hago.

¡Qué galicismo ser **chauffeur** o chofer!

¡Qué anglicismo pegar un **swing** o un **suing!** No sería nada esto aisladamente, pero puede introducirse el caso de que un **chauffeur** le pegue un **swing** en los **links** al **back** de un **team** de **foot-ball** que está jugando al **golf.**

¿Que todo esto puede decirse con otras palabras? Hasta por ahí. Y sobre todo convénzase de eso a los muchachos de pueblo que lo pronuncian a diario como pueden.

La Academia no se cree encargada de suminstrar a quienes ignoran los vocablos necesarios, arguyendo que su misión se limita a registrar las voces populares. Bien andará el idioma con los años.

La familia de Boquiprieto era muy bien hablada. Reemplazaban por otras las palabras que designaban una parte del cuerpo, un hecho o una idea repulsiva y con ello se imaginaban haber destruido la cosa significada por el vocablo.

El ataque les vino en grupo, cuando las niñas ya hubieron perdido toda esperanza de casorio. Lo que para otros ¿puercos? era objeto de codicia sensual, pasó al índice negro, y con exagerada pulcritud vieron objeto de sensualismo en órganos que tenían la más cotidiana e indiferente función física. Las piernas no se nombraban, pantorrilla era un vocablo soez, y cintura..., ¡oh cintura! Pero lo peor eran las palabras gordas y ordinarias. Las sustituyeron. Culo... ¡qué barbaridad! Culo pasó a ser trasero. Trasero al poco andar equivalió a culo porque ¡ay de mí! la cosa designada ya se presentó neta detrás del disfraz. Más familiar que trasero resulta asentaderas pero asentaderas tenía algo tocable. Dijeron traste; no se pudo hablar de guitarra; la familia enrojeció cuando oía decir: ponga el tercer dedo en el segundo traste. ¡Oh mul-

tiplicación! Adivino, posterior. Siempre era lo mismo. Entonces resolvieron transformar el sentido mismo de la cosa y encontraron espalda. Al poco tiempo no se podía decir «me pica la espalda» porque se entendía «me pica el culo». ¡Horror!

La familia Boquiprieto tuvo que concluir por no hablar, habiendo inutilizado todo el diccionario. Todo el lenguaje bullía de horribles significados y las partes del cuerpo, los hechos, las ideas repulsivas surgían como demonios de su caja embrujada.

La familia no culpó a su molicia ni se preguntó siquiera si no eran ellos mismos los que empujaban lo malo por sobre lo bueno. Acusaban a los otros llenándolos de epítetos violentos. No pronunciaban más palabras que las del rezo. Y los diablitos seguían saltando maliciosamente en las mismas plegarias porque de rabia más se pensaba en ellos que, por amor, en Dios.

La literatura no necesita grandes gritos, ni gestos, ni argumentos complicados. Al contrario, debe ser pura en lo posible, desechar todos los recursos ajenos a ella misma y valer por su valor propio. Hoy se confunde escritor, o más bien escribidor, con literato, sin hacer diferencia del primero que se sirve del lenguaje como medio de expresión y del segundo, que de él hace un arte.

Ver la vida con criterio robusto e inteligente y traducirla en artística, y en ello incluyo, simple, es la misión que me impongo. No rebuscar la aprobación del público y ser sincero conmigo mismo. Pulir, pulir, hasta llegar a la simplicidad que constituye lo grande. Por eso he buscado entre todos los temas y argumentos, los que me puedan prestar el gaucho o nuestras pampas.

Ambas cosas inseparables, hija una de la otra, contienen la simplicidad buscada por mí —tal vez por influencia sobre mí ejercida— y que desalojada toda sensación pequeña o enferma de su gran alma simple y sana, será invulnerable a lo pequeño.

El clima y la intemperie de una vida al aire libre han hecho oficio de Roca Tarpeya y todo organismo inapto a sobreponer sus rudezas ha desaparecido sin dejar rastro.

Es difícil —entre nosotros— encontrar un jorobado u otro poseedor de una tara física importante, y eso nos ha eximido de la presencia nauseabunda de cuerpos torturados y almas ídem.

La gran llanura monótona y bella, la enormidad del espectáculo de días y noches sucedidos, siempre semejantes, nunca iguales, han puesto en mí el amor a lo simple y a lo grande..., y la podredumbre de las grandes capitales histéricas y mezquinas en sus individuos, no tiene presa en mí.

He de cumplir mi obra sin miramiento de las opiniones y si salgo de mi querida sencillez de argumentos, extraídos de mi tierra, ha de ser para mostrar toda la inmundicia de la «civilización», para ponerla ante el público desnuda, como lo es, sin temor a decir las verdades y con el aspecto de profunda y mezquina pequeñez con que se ha revelado a mis ojos.

La obra puede ser de estilo sin necesidad de emplear las palabras con visto bueno de la Academia Española.

Nuestra pampa tiene un vocabulario especial nacido de la necesidad de crear nuevos vocablos y ellos son tan correctos —digo— necesarios como el que más.

Cosas nuevas traen nombres nuevos, y tantos instrumentos diversos, objetos que nos vienen de los indios, han necesitado la aceptación del vocablo con que ellos lo designaban. Este se ha ido transformando hasta tomar el

aspecto o color general de la lengua castellana, hasta el punto que muchos de ellos pudieron ser atribuidos a un origen falso y se les crea originarios de una raíz latina o griega.

Al lado de estas palabras hay otras que algunos argentinos han incluido en sus vocabularios y que no emplearé, teniendo su forma correcta en castellano, pues no son sino la alteración de un vocablo existente en la lengua.

Con el vocabulario «gaucho», digamos, puedo pues hacer una obra tan pura de estilo como la más castiza, pues debe ineludiblemente, al hablar de un «noque» decir «noque» y no por falso purismo emplear una palabra registrada en la Real Academia, que no me da el concepto exacto de la cosa a la cual me refiero.

Como sonoridad, las palabras de origen indio no tienen nada que envidiar al más hermoso idioma. Puedo pues, emplearlas, sin temor de que hagan mancha en la armonía de la obra.

Por otra parte, no chocarán con la sonoridad castellana, pues, ya lo he dicho, el uso se ha encargado de hacer desaparecer este inconveniente.

El estilo de las camperas debe ser llano como la pampa. Su lectura debe ser clara, fácil, serena desde la primera hasta la última palabra, de modo de dejar una impresión tranquila como lo es todo allí. Hechos que se forman desaparecen ante la inestabilidad de su propia grandeza.

Es erróneo o mal intencionado atribuir a la ignorancia de ciertas reglas, el olvido en que los nuevos dejan caer moldes gastados ya por los que los antecedieron. Igual sería decir que ignoramos el traje usado cuando lo cambiamos

por otro. Es por conocer demasiado a fondo ciertos preceptos, que nos alejamos de ellos en honor a la vida que está ahí, tan a nuestra mano y que malgrado los que pasan por ella, con las anteojeras de cuatro o cinco preceptos aprendidos de memoria, no es cosa tan deleznable. En primavera, las ventanas son buenas sobre todo para abrirlas. Justo es que la juventud practique con afán este gesto.

A todo esto, ¿qué es la novela moderna? La interrogación así planteada en un modo impositivo, merecería sólo un igual desplante: ¿Qué ha sido la novela? Quienes quieran hacerlo podrán recurrir a miles de definiciones de manuales literarios en busca de una respuesta categórica. Esto no resuelve nada. Una definición feliz para un caso, será inoportuna en otros. La adopción de un criterio, limitado por la fijación de ciertos preceptos, dejará forzosamente fuera de sus límites, muchas obras. Por mi parte dejo decir novela de costumbres, novela de tesis, novela rusa, novela picaresca, novela de aventuras, novela psicológica, o novela cualquier cosa, prefiriendo para mi uso personal diferenciarlas simplemente diciendo: **Salambo, El Quijote, El Lazarillo de Tormes, David Copperfield, Kim, Resurrección, Fermina Márquez, Crimen y Castigo. El Satiricón,** etcétera...

Trabajar dejando fluir de mí lo que pienso, lo que siento. Ser espontáneo y desconfiar un poco (lo justo) del trenzador que llevo en mí y que indolentemente, con perseverancia, se eternizaría en los detalles más sutiles. Que la belleza esté más en la fuerza y la grandeza de los conceptos, las ideas, los sentimientos que en el pulido extremo de la frase.

Y me llama sobre todo la prosa. La prosa porque es natural y no como el verso, un artificio ajeno. La prosa es abierta a todo artificio personal; todo capricho de palabras-sonidos y palabras-significados caben en ella con la libertad de un vuelo.

Quisiera que mi prosa y mi verso fueran un inmenso rezo inconsciente.

Quisiera que el instinto, la intuición, abrieran en mí alas para sobrepasarme y ser una flecha de deseo hacia la perfección.

Quisiera con los méritos de mi vida conseguir una transubstanciación ascendente; ser de parásito terrestre, la tierra misma; de la tierra misma el sol; del sol alguna partícula más perfecta de vida y por último, sumirme en la fuerza misma que rige el amor de todas las cosas y que nosotros pasajeramente experimentamos: con la mujer entre los brazos; o serenándonos: en el goce contemplativo de lo que llevamos dentro como un sagrado misterio y se nos revela en el contacto de las grandes bellezas naturales.

Por el momento séame dado el gesto de recepción y la capacidad de ritmar una que otra pequeñez del infinito.

Sé que las palabras son chicas y que todo lo grande se me quedará dentro.

Cuando se es verdaderamente artista se busca **lo bello** haciendo abstracción de **lo nuevo o lo establecido.**

Buscando lo bello se hallan las formas. Los primeros hallazgos de la poesía tal vez hayan sido la rima y el metro. Rima atrae versificación. Metro puede existir en prosa. Son ambos en definitiva buscar correspondencia por color de sonido o por acento de sonido.

El campo de correspondencias sonoras en la palabra me parece infinito y el encerrarlo en una fórmula de descubrimiento o de tradición es, a mi juicio, matar **la poesía** en beneficio de **una poesía.**

La crítica en materia científica, como en artística o histórica, es perfectamente inútil a no ser que constituya de por sí una obra afirmativa.

No es la negación de las obras malas lo que las destruye, sino la afirmación de las buenas o mejor dicho de las mejores.

Carolina Invernizio es opa no porque yo lo diga, sino porque Cervantes escribió el **Quijote.**

Un hecho histórico citado es falso no porque Groussac lo niegue, sino porque el otro ha encontrado un documento haciendo con ello obra constructiva.

Los grandes inventos científicos son erróneos no cuando los incompresivos los atacan negándoles entrada, sino cuando otro nuevo descubrimiento los expulsa.

Los asnos negadores deberían una vez por todas ser amordazados, para que sus rebuznos no estorben a los que construyen.

Cuando ustedes generosamente nos tiran encima un monumento de la literatura, parecen como querer probar al público que nosotros faltamos el respeto al citado monumento. No, señores críticos; cada uno ha aprendido diferentes cosas en el mismo libro: ustedes a someterse servilmente, nosotros a tentar obras siguiendo en esto el ejemplo de los maestros que ustedes dictan. Todo artista grande (ustedes mismos lo dicen) ha hecho obra personal. ¿Por qué entonces enojarse si tentamos igual conducta?

¿No creen ustedes que obrando así probamos haberlo entendido?

Cronología

1886 Nace el 13 de febrero, en Buenos Aires.

1887 Su familia se traslada a Europa. Güiraldes recibe conocimientos del francés y del alemán.

1890 Regreso de Europa.

1896 Su vida transcurre entre La Porteña, estancia ubicada en San Antonio de Areco, y Buenos Aires.

1904 Después de finalizar el bachillerato, matricula, primero, en la facultad de Arquitectura y, con posterioridad, en la de Derecho, abandonando ambos estudios.

1910 Retorna a Europa. Recorre Alemania, Grecia, Italia, Rusia y la India. Se instala en la capital francesa.

1912 Regresa a Buenos Aires.

1913 Contrae matrimonio con Adelina del Carril.

1914 Viaja a Brasil.

1915 Publica **El cencerro de cristal** y **Cuentos de muerte y de sangre.**

1916 - 1917 Visita a Cuba y a Jamaica.

1917 Ve la luz su novela **Raucho.**

1918 Aparece su novela **Un idilio de estación,** que posteriormente la titula **Rosaura.** Colabora con el periódico **La Nota.**

1919 En un nuevo viaje a Europa, establece relaciones con Valéry Larbaud, Jules Romains, Léon-Paul Fargue y otros escritores.

1920 Regresa a Buenos Aires.

1921 Colabora en los diarios **Plus Ultra** y **La Nación.**

1923 Publica su novela **Xaimaca.**

1924 Junto a Alfredo Brandán Caraffa, Jorge Luis Borges y Pablo Rojas Paz funda la revista **Proa.** Forma parte del grupo integrado por Leopoldo Marechal, Oliverio Girondo, Francisco Luis Bernández y otros escritores, quienes redactan el periódico **Martín Fierro** que, en su nueva etapa, dirige su trabajo hacia el objetivo de romper con los patrones establecidos, hasta ese momento, en la creación artística y literaria.

1925 Colabora también con las publicaciones **Inicial** y **Valoraciones.**

1926 Edita **Don Segundo Sombra,** novela que lo consagra como escritor y por la que recibe, en ese mismo año, el Primer Premio Nacional de Literatura.

1927 Muere el 8 de octubre, en París.

Póstumamente se publicaron otras obras suyas:

1928 **Poemas solitarios** y **Poemas místicos.**

1932 **El sendero.**

1936 **El libro bravo.**

1951 **Pampa.**

INDICE

CUENTOS DE MUERTE Y DE SANGRE

Facundo / 7
Don Juan Manuel / 10
Justo José /14
El capitán Funes / 16
Venganza / 19
El zurdo / 21
Puchero de soldado / 23
De mala bebida / 26
El remanso / 29
De un cuento conocido / 33
Trenzador / 36
Al rescoldo / 40
El pozo / 49
Nocturno / 52
La deuda mutua / 55
Compasión / 58
La donna è mobile / 61
La estancia vieja / 65
La estancia nueva / 72
Arrabalera / 75
Máscaras / 78
Ferroviaria / 83
Sexto / 86

OTROS CUENTOS Y RELATOS
Diálogos y palabras / 91
Esta noche, Nochebuena... / 93
Politiquería / 99
Telésforo Altamira / 103
Colegio / 106
Cuento al caso / 109
Fabián Tolosa / 112
Los cucos / 114

NOTAS Y APUNTES
Palabras / 119
Notas para un libro mallorquín / 121
Per Andreu / 121
Jaime Enseñat / 122
Tormenta / 124
Marianne / 126
Para Marianne / 128
Otras notas / 129
Proyecto de prólogo / 129
¿Por qué no hago teatro? / 131
Notas sobre **Martín Fierro** y el gaucho / 132
Encuesta sobre el fracaso / 134
A propósito de **Don Segundo Sombra** / 135
Apuntes / 137

CRONOLOGÍA / 147

Con **Don Segundo Sombra,** su principal obra, el destacado escritor argentino Ricardo Güiraldes (1886-1927) obtuvo el Primer Premio Nacional de Literatura en 1926. Antes ya había publicado sus novelas **Raucho** (1917), **Rosaura** (1918), **Xaimaca** (1923) y el poemario **El cencerro de cristal** (1915). También en su quehacer literario sobresalen los cuentos y relatos donde prevalecen una rigurosa síntesis conceptual, sobriedad estilística, lirismo y fuerza dramática. «Quisiera que mis cuentos fueran extractados, breves, concisos», expresó el propio Güiraldes, y lo logró, pues éstas son, precisamente, las características principales de las narraciones que integran la presente edición.

Se incluyen, además, notas y apuntes que reflejan la personalidad del autor. Son textos irónicos, dotados del mejor humor, con opiniones y conceptos sobre diversos temas vitales, literarios y artísticos, que el lector disfrutará a través de estas páginas.

ediciones huracan